

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—No es que le desprecie a usted, D. Craso; es que usted quiere que sea su cara mitad, y yo no puedo ser ni su quinta parte.

Dib. GARRIDO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

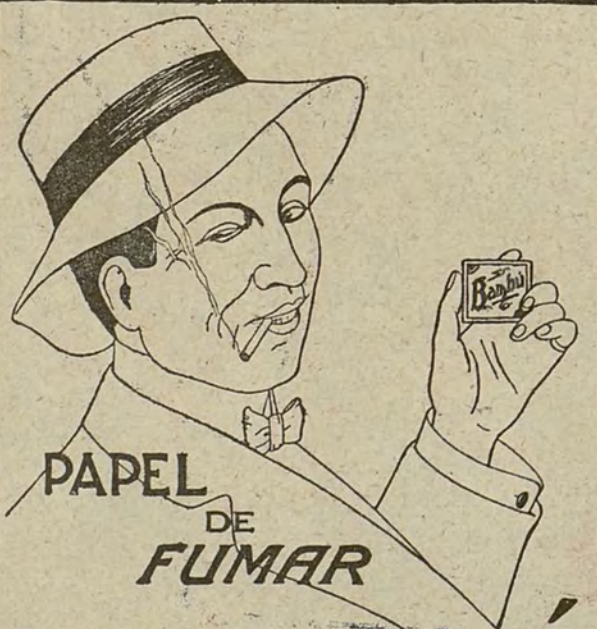
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



2. FUENTE

LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

8.—De hombres.

ORA

T

9.—Es primo mío.

V

100100
NOTA

O

10.—¿Tenéis cuarto de baño?

ARTICULO G

SORTEO | ORDINARIA



**SOMBREROS
BRAVE**
6·MONTERA·6



De Caras y Caretas.—Buenos Aires.
FRAGILIDAD:
—¡Pero, qué frágil es un peatón!

11.—Hay mucha diferencia.

5005005

| 50 a 50 O
Gota Nota

12.—Charada.

—Este año tardan mucho los señores
en venir, *prima, tertia, cuarta.*
—Mucho, no; el *cuarta prima* dice que
para *prima segunda*, como todos los años.
—No, todos, no, *la todo.*

13.—Moderno centauro.

Concavidad Poesía

PRA I DO

Cupón úm. 2

que deberá acompañar a toda solu-
ción que se nos remita con destino
a nuestro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de octubre

FRICOT

AGUA PROGRESIVA. Ha-
ce desaparecer las canas. In-
ofensiva y de perfume ex-
quisito.

F. Betrian.Hospital,113.Barcelona

ONYX

EXTRACTOS Y LOCIO-
NES, perfume moderno e
intenso.



Esta es mi Loción Varon Dandy
PARA HOMBRES. HOMBRES!

BALL
H
VAL

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGRONO



—Tendrás que hacerte otro pantalón, hijo. Este tiene demasiado brillo.

—No importa, mujer; con inclinar el espinazo, mi posición será brillante.

De La Nación.—Madrid.

Indra Perla

Collares, Gargantillas, Sautoires, Pendientes, Botones de Pechera, Adornos de Cabeza, Pulsera, Perlas para Vestidos.

SE COMPRAN ALHAJAS
Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

Hay ascensor.— Teléfono 14466

CLICHES

se venden a precios módicos los publicados en este semanario

CUPON

correspondiente al núm. 306 de

BUEN HUMOR
 que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

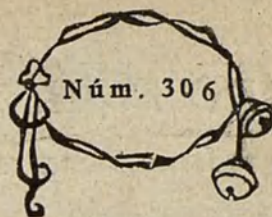
AGENTE DE PUBLICIDAD
 PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA



CHARLAS DOMINICALES

DON Ulpiano Pérez, es actualmente el hombre más feliz del Universo.

Elegido "asambleísta", por un Ayuntamiento rural, ha venido a la Corte, dispuesto a todo. Pien-
sa hacer patria, asistir a las "Secciones", concurrir a los "Plenos", y gastarse hasta la última peseta de las que por "dietas" puedan corresponderle.

Don Ulpiano se lo hizo saber así a su costilla, apenas fué elegido. Y la mujer lo comprendió perfectamente. El *sagrado papel* que iba a representar lo justificaba todo. Y ella fué la primera que cuidó del equipaje del nuevo *procurador*.

Don Ulpiano, en verdad, no estaba muy bien preparado. Poseía aquel modesto ajuar que los ediles rurales suelen poseer para su pueblerino uso... Un traje de pana; otro, de paño negro, para fiestas y procesiones; poca *ropa interior*, ni muy fina, ni muy limpia; y dos pares de botas, bastante fuertes en cuanto a *materia* de construcción.

Indumentaria tan modesta fué preciso aderezarla con elementos más finos y elegantes. La *ropa interior*, sobre todo, necesitaba una completa sustitución. Los calzoncillos de bayeta amarilla son buenos para el reuma, pero no para *ascosar* en instituciones *consultivas*. La señora de Don Ulpiano tuvo buen cuidado de encargar a las monjas de uno de los quince conventos que en el pueblo se alzan, la confección de un *medio equipo* para el asambleísta, cual si de un novio, en vísperas de boda, se tratase.

Don Ulpiano quedó encantado. No le estaban muy a la *medida* las tales prendas, pero hubo de conformarse considerando lo difícil que la *prueba* hubiese resultado ante las *madres* confeccionadoras.

Pero lo que más agradó a Don Ulpiano Pérez, fué lo de ver bordadas, con esmero, sobre todas sus prendas interiores, las iniciales "U. P."

Parecióle que para un "asambleísta", la *marca* no podía estar mejor. Bendijo al azar que así le protegía, y pensó en lo bien que harían las propias ini-

ciales sobre el avellonado cuero de su maleta nueva...

Con ella en la mano llegó nuestro personaje a los madriles.

Lo primero que hizo fué buscar alojamiento, proporcionado a sus futuras "dietas". Siendo éstas de cinco duros diarios, pensó sería lo mejor hallar una "fonda" de quince pesetitas, *todo comprendido*, con ánimo de que le quedasen dos laureanos cada veinticuatro horas, para los *imprevistos* que ya traía *previstos* desde el pueblo.

Alojado Don Ulpiano en una *semicasa* de huéspedes, o, si ustedes quieren, en una casa de *semihuéspedes baratos*, su primera visita fué para los *personajes oficiales* que le habían favorecido con el nombramiento. Cumplido este deber, Don Ulpiano no tuvo otro deseo que el de asistir a Eslava. Desde que salió de su lugar, "Las Castigadoras" le

intrigaban. Un deseo de vida alegre y sexual agitaba su cuerpo paleta. La Corte con sus mil placeres le atraía. "El sobre verde", las "chicas de Romea", "Celia Gámez"... eran palabras mágicas que *bailaban* en su cerebro con más persistencia que Charles Nicolas.

La *seguridad en sí mismo*, propia del hombre que posee una distinguida *ropa interior*, emergía de nuestro héroe, deseoso de la aventura erótica...

Nos guardaremos muy bien de contar al lector si Don Ulpiano llegó a verla realizada. El respeto que nos merece todo *hombre público* ata nuestra pluma. No obstante tenemos motivos para creer que el equipo conventual no haya quedado en ridículo...

Don Ulpiano es dichoso, y mil veces bendice el "Decreto" creador de la "Asamblea"... Gracias a él, nuestro héroe podrá pasar nueve meses entre nosotros los madrileños. Comerá en la "Viña P", asistirá al "Stadium", se hará socio del "Círculo de Bellas Artes" y será atropellado por varios *autos* de 0.60 el kilómetro (franja azul y amarilla).

Todavía no está el hombre muy *puesto* en vida cortesana; pero, en cuanto pasen dos meses, el asambleísta rural podrá dar 25 a 50 en saber vivir a la madrileña al mismo Don Eduardo Belluga o al propio Don José de la Morena.

Hoy por hoy, Don Ulpiano no hace si no *orientarse*. Todo se le vuelven preguntas y consultas. Hasta tal punto que cierto amigo suyo le había hecho notar que él viene aquí a ser *consultado* por el Gobierno y no a preguntar a los demás qué debe hacer en cualquier clase de problemas.. (Para él todos son problemas.)

En fin: esperemos la labor de Don Ulpiano en la "Comisión" que le corresponda en el Alto Cuerpo Consultivo y dejémosle que prepare sus geniales iniciativas en el "Cabaret" que más le agrade, o en el cuarto de la segunda tiple que más le guste.

Y ¡viva Don Ulpiano Pérez, vecino, por derecho propio, de Cascarrabias de Abajo!

LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Interviús morrocotudas de "Buen Humor"

Una interesante conversación con el último tenorio que queda en España

Decir que BUEN HUMOR es el periódico que más se sacrifica por sus lectores, no es decir nada nuevo. Todo el mundo sabe que aquí venimos dando por cuarenta céntimos un montón de papel risueñamente impreso que vale por lo menos seis reales tirados a la calle; y todo el mundo debía saber las fatigas que aquí se pasan en el gabinete donde se elaboran los chistes, y los procedimientos de tortura a que sometemos a nuestros colaboradores para extraer de sus débiles cerebros las tonterías hilarantes que han de ilustrar nuestras páginas. El caso del dibujante Garrido, a quien para sacarle un chascarrillo le dimos un martes una fenomenal paliza que se concluyó el miércoles, y el caso de Luis de Tapia, que escri-

be porque le hemos amenazado de muerte con toda formalidad, y no quiere morir tan joven, demuestran que nuestro interés en servir al público no se detiene ni ante el crimen nefando ni ante el puñetazo democrático. En esta casa, más honrada que elegante, y más alegre que bien pavimentada, la única preocupación es el público y nuestro más ardiente deseo es atenderle con diligencia, lamentando no poderle atender con automóvil, que es lo verdaderamente nuevo (menos cuando vuelca, que deja de ser nuevo y se convierte en inservible).

En los varios años de existencia que lleva este feliz periódico, se han tratado aquí asuntos trascendentales, problemas asustantes, temas origina-

lísticos, cuestiones peliagudas y novedades arrebatadoras. Hemos hablado, lo más elocuentemente que nos ha sido factible, de todo lo que se puede hablar con permiso de la autoridad competente: de lo divino, de lo humano, y hasta de lo animal; y si me apuran ustedes, hasta de lo más bestia que hay en el mundo. Realmente, no nos queda nada por decir, y, sin embargo, pensamos seguir diciendo cosas hasta que ustedes digan "¡basta!" y nos tengamos que callar para evitar una discusión enojosa, cosa que ocurrirá el mejor día (que para nosotros será el peor, pero nos aguantaremos pacientemente).

Todo esto quiere decir que hoy estamos dispuestos a someter a la consideración o a la desconsideración de ustedes un tema de alguna importancia, que todavía no había sido ofendido por nuestra pluma contumaz y bellaca: el tema de los "tenorios" que aún quedan en España.

Dicho aquí, en confianza, dudábamos de que quedase ninguno, teniendo en cuenta que las muchachas modernas son mucho menos "primas" que las de otros tiempos y no se tragan ningún paquete, a no ser que el paquete contenga pasteles gratuitos o un corte de traje, cuya aceptación no obligue a nada que no puedan ver sin rubor los vecinos y los familiares; pero debemos reconocer que estábamos vergonzosamente equivocados, pues si bien es cierto que los "tenorios" que quedan son pocos y mal avenidos con las damas, hay algunos que todavía merecen el respeto de sus conciudadanos y la mención honorífica de los periódicos sesudos, y entre éstos figura en primera línea por sus méritos el atroz conquistador D. Luis Montánchez y Congosto, de cuya existencia nos hemos enterado por un suscriptor cuya criada estuvo anteriormente al servicio de D. Luis, servicio que dejó alarmadísima por no verse precisada a aumentar el número de sus conquistas y por no parecerla bien el que la llamasen doncella con retintín las otras criadas de las inmediaciones.

Apenas supimos en esta casa que D. Luis era un verdadero D. Juan (cosa que ni aun D. Juan pudo llegar a ser, porque D. Juan no fué más



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—Pero, ¿por qué te has comprado el sombrero con esos adornos?

—Porque me gustan mucho las cerezas.

—También a mí me gustan las manos de cerdo y no las llevo en el sombrero.

que D. Juan a secas y se tuvo que confirmar con que D. Luis fuese otro); pues apenas lo supimos, repito, nos atacó la comezón desesperada de entrevistar al asombroso sujeto; y, una vez averiguado que el famoso conquistador vivía en la calle de Santa Inés (en lo cual se diferenciaba también del legítimo Tenorio, que vivió siempre en la calle de doña Inés), nos encaminamos a su domicilio con la esperanza de obtener de él algunos datos de sus más brillantes aventuras amorosas para brindárselas a nuestros esforzados y heroicos lectores.

La suerte nos fué propicia, y don Luis Montánchez y Congosto nos recibió con amabilidad y con pijama, a los dos minutos de pasarle nuestra tarjeta. Se trataba, realmente, de un verdadero conquistador y la cosa saltaba a la vista como si jugase a la comba. Alto, delgado, graciosamente picado de viruelas, bastante canoso y con el labio inferior más caído que Gacía Prieto, daba una impresión de gracia y de elegancia que no podía escapársele a nadie, aunque fuese de la Policía. Según él nos confesó, tenía sesenta y dos años, pero podemos asegurar que no representaba arriba de los sesenta y uno. Todo en él era armónico como un piano (antes de desafinarse), y ligero y esbelto como una figura del Greco (antes de tomar el chocolate de López).

Con inefable galantería prestóse a responder a todas nuestras preguntas, y comenzamos la entrevista.

—Se dice que es usted el único “tenorio” que queda en España.

—Así es, en efecto. Aunque retirado de los negocios hace doce años, sigo conservando el campeonato.

—¿A cuántas mujeres ha rendido usted?

—A todas las que he sacado de paseo. Porque yo me ando diez kilómetros en cuanto me distraigo un poco; y el que viene conmigo, se revienta.

—¿Recuerda usted el número exacto de sus conquistas?

—Unas trescientas veintidós, pero entre ellas hay doce paletas, una cupletista, una mulata y diez y seis patronas a las que no concedo mayor importancia.

—¿.....?

—Todas con moño. En mis tiempos no se usaba el pelo a lo “garçon...” Solamente una cayó en mis brazos sin moño, pero es porque se lo arrancó una rival a la que yo no hice caso porque era de Buitrago, que

es el único pueblo que me molesta en el mundo.

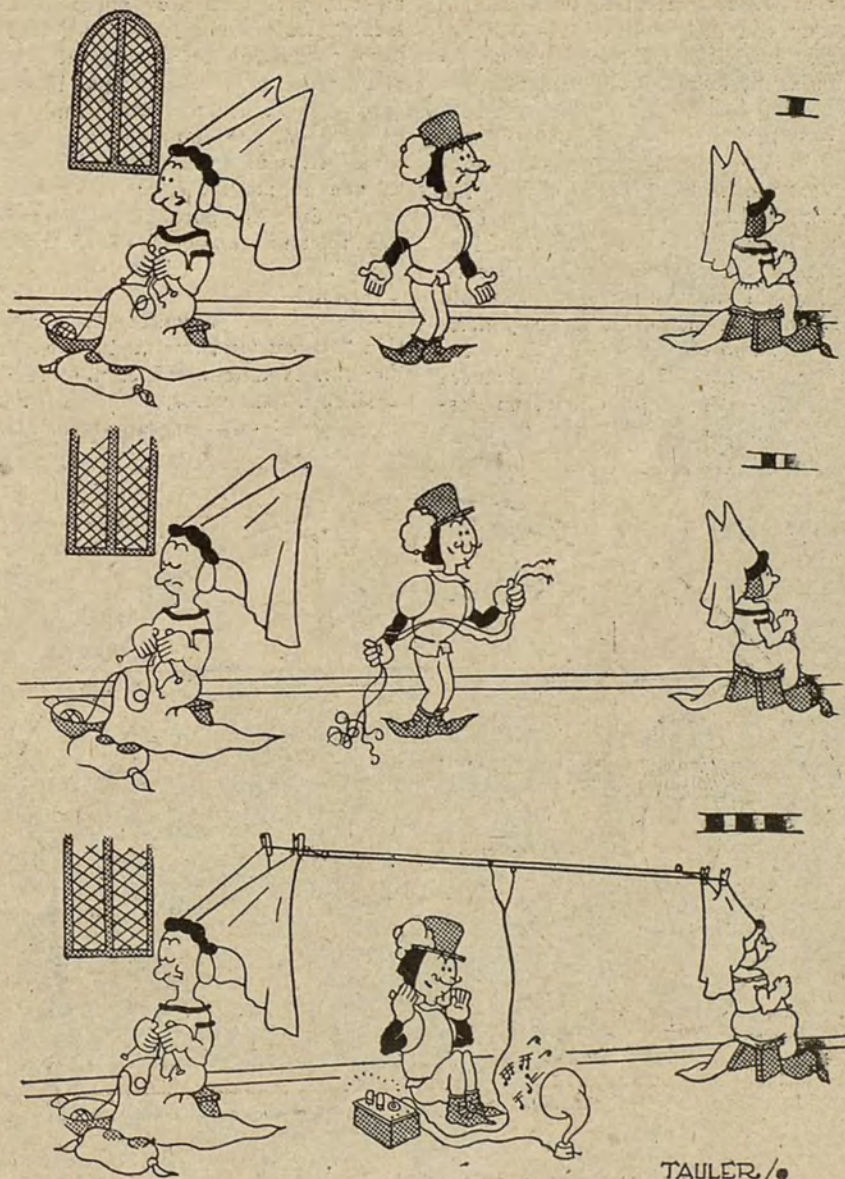
—¿.....?

—Una de las socias que más impresión dejaron en mi complicado espíritu fué Faustina Gandolfo. Era una chiquilla rubia, de Cáceres, aunque no precisamente cacerola, porque no era de la capital, sino de la provincia. Contaba veinticinco años y contaba todos los secretos de sus amigas. Según la “Gaceta” del 7 de octubre de 1912, era maestra normal. Según yo, que estaba más en autos que la “Gaceta”, maestra superior. La dejé al enterarme de que tenía treinta niñas.

Hoy posee un estanco en Villaviciosa de Odón. Cada vez que me ve en el pueblo, echa humo, cosa que les da una envidia atroz a los parroquianos del estanco, que no ven la manera de poder hacer lo mismo, a causa de las escogidísimas labores que les expende.

—¿.....?

—Extranjeras, pocas. Recuerdo confusamente una americana que se me escapó con un “groom”, sin duda porque las americanas están mejor con los “botones” que con los caballeros dignos. También merece mencionarse una adorable criatura, llamada Esther



La radiotelefonía en los tiempos feudales.

Dib. TAULLER.—Madrid.

Martínez, de origen judío, pero de muy buen corazón. Yo la llamaba Estherilla. Un día se enteró de que yo flirteaba con la hija de la portera, y me largó dos bofetadas de larguísimo metraje. Entonces comprendí el daño que pueden hacer las judías si uno se descuida.

—¿.....?

—¿Mi especialidad? ¡Las viudas!... Citaré a Dominga Carrilludo, aunque la he citado la mar de veces, y unas ha acudido y otras no. Era una formidable sujeta, de veintinueve años, a la que conocí en el Café de Correos una tarde en que estaba tomándose un café con dos medias. Este detalle es el que me impresionó, y es una tontería, porque generalmente el café lo toman con dos medias todas las mujeres, con la única excepción de las monjas descalzas, que lo toman sin ninguna.

—¿.....?

—Jóvenes verdaderamente incautas he tratado pocas. La más notable fué Fermina Lapeira, a quien conocí en un cinematógrafo ya demolido. Nos juramos amor eterno en la obscuridad, y allí mismo tuve el atrevimiento de pedirle la mano. Como las peticiones de mano en los cines son cosa corriente, le pareció bien. La chica era natural de Cádiz, pero tenía un desarrollo que no era natural (ni de Cádiz

ni de ninguna parte). A los nueve meses y medio reconocí que me había portado mal con ella, pero en cambio me negué a reconocer otra cosa, que era la que más la interesaba que yo hubiese reconocido.

—¿.....?

—También he dedicado mi atención a las mujeres maduras. Traté a una, hermosísima y bastante pensionista, y con unas curvas tan atroces, que un día volqué y me hice daño y todo. La llegué a adorar en serio porque me habían dicho que tenía ocultas unas cuantas "peluconas", pero la aborrecí al averiguar que lo que tenía era una peluquita de padre y muy señor mío. Yo había dicho, al iniciarse nuestros amores, y al creerla un poco acaudalada: "¡La ocasión la pintan calva!"; pero con tanto dolor comprobé que ella estaba todavía peor que la ocasión. Ella se disgustó muchísimo con mi retirada, pero no llegó a mesarse los cabellos ni a ofrecirme dinero para que no me fuese, cosas absolutamente difíciles, porque ya he dicho que ni tenía un pelo ni tenía una "pela".

—¿.....?

—¿Modistas? ¡Hombre, ya lo creo! ¡Un "tenorio" sin una modista, es una birria!... Apunte usted el nombre de Basilisa Romaguillos, estupenda modista burgalesa, con tan formidable

clientela que vestía mensualmente a más de seiscientas señoras. Quizás por esto la faltaba tiempo para vestirse ella, y acabó por no convenirme. Además, en dos o tres ocasiones que fui a visitarla, me dijeron que no estaba en casa porque había ido a probar. Y como no quisieron decirme qué es lo que había ido a probar, me escamé y puse fin al idilio.

—¿.....?

Fracasos no he tenido más que uno, que fué el siguiente: me encapriché por una morena de diez y ocho años, nueva en esta plaza, la puse cerco, estrecho como unos zapatos del treinta y dos, y proyecté con ella un rapto, y en un auto me la llevé hasta Canillas. El padre, que hay que advertir que era sastre, no quiso pasar el rapto; y cuando estábamos en el segundo rapto, o sea en rapto de enajenación mental, que subsigue a los robos de mujeres guapas, nos alcanzó, porque había cogido el Metro, mejor dicho, porque había cogido los dos metros: el de Sol-Ventas y el que usaba en su establecimiento, y con este último me produjo lesiones de pronóstico reservado que tardaron en curar treinta y dos días. Excusado es decir que yo rompí mis relaciones con la niña al mismo tiempo que su padre rompía su metro con mis omoplatos. Pero, afortunadamente, me libré de ir a los Tribunales, porque demostré de modo fehaciente, con pruebas irrefutables y a la luz del sol, que no había pasado de Canillas.

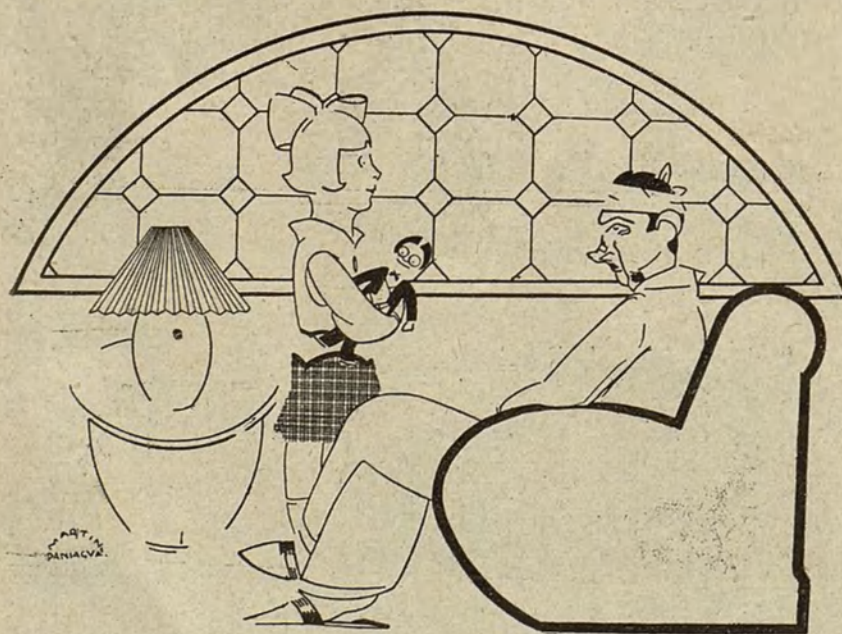
Muchas más cosas nos ha referido don Luis Montánchez y Congosto, y "con gusto" las transcribiríamos, si no fuese porque se nos puede hacer tarde y se nos va a enfriar la sopa. D. Luis presume de que no le ha dado calabazas ni una verdulera, y de que le han dado el "sí" hasta varias segundas triples que por su mala voz habían sido arrojadas del conjunto del teatro de Apolo. Y está dispuesto a demostrar con documentos que para quitar el sueño a las mujeres no hay en España más que él, o, si acaso, algún ciudadano que toque el trombón a la hora de la siesta.

Y como nosotros estamos convencidos de que D. Luis dice la verdad, hacemos aquí punto por varias razones.

La más importante de todas, porque no queremos seguir diciendo mentiras.

Y esto sí que es la única verdad que hemos dicho en todo el artículo.

Adios, pues, y que ustedes lo pasen mejor que hoy. ERNESTO POLO



Dib. MARTÍN.

—Oye, papáito: ¿por qué te caíste anoche en la escalera?

—Porque no había luz, hija mía.

—¿Sí? Pues mamá dice que venías bastante alumbrado.

La verdad de lo que es el Infierno

SEGUNDA PARTE

SE VA MI CONCIENCIA. EL
TAXI INFERNAL

Al bajar la escalera nos cruzamos con la vecina del principal. Pasó al lado de mi conciencia sin verla, y pasó junto al Diablo y punto a mí sin vernos tampoco, lo que es fácil de comprender si se medita en que los espíritus somos invisibles.

El Diablo se detuvo y, volviendo la cabeza, se encajó el monóculo y siguió con la vista a la vecina del principal.

—¡Hermosa mujer!—murmuró.

—¿Te gusta?—le dije—. Vive ahí, en el principal derecha...

Lucifer me miró con lástima, alzando una caja.

—¡Ya lo sé, hombre, ya lo sé! Precisamente hace un mes que la visito todos los días para ver si puedo convertirla y llevármela al Infierno. Pero no hay manera. Y es una lástima, porque en el Infierno tengo muy pocas mujeres bonitas.

—¿Es posible? ¿Y a qué obedece eso?

—A que sólo son verdaderamente perversas las mujeres feas y deformes, esas mujeres que se pasan la vida terrenal rabiando de envidia y diciendo que las modas modernas son una vergüenza y un escándalo, por la única razón de que ellas tienen las pantorrillas torcidas y no pueden enseñarlas. También abundan en el Infierno mujeres viejas y mujeres gordas, por la misma causa. Pero mujeres jóvenes y lindas... tengo pocas, muy pocas...

—Pero ¿y las bellas heroínas históricas? ¿Mesalina? ¿Paulina Bonaparte? ¿Lucrecia Borgia? ¿Catalina de Médicis?

—Están en el Infierno, sí, pero son unas birrias.

—Todos los historiadores han afirmado que eran preciosas.

—Los historiadores son unos desgraciados dotados de un gusto pésimo. Si Mesalina saliera del Infierno y se paseara una tarde por Picadilly, por el Broadway, por la avenida de la Opera o por la calle de Alcalá, apenas si llamaría la atención de algún dependiente de ultramarinos.

Habíamos llegado al portal y mi conciencia nos aguardaba, envuelta

graciosamente en su capa de cachemira.

Me tendió la mano.

—He aquí el momento de separarnos, Enrique—me dijo.

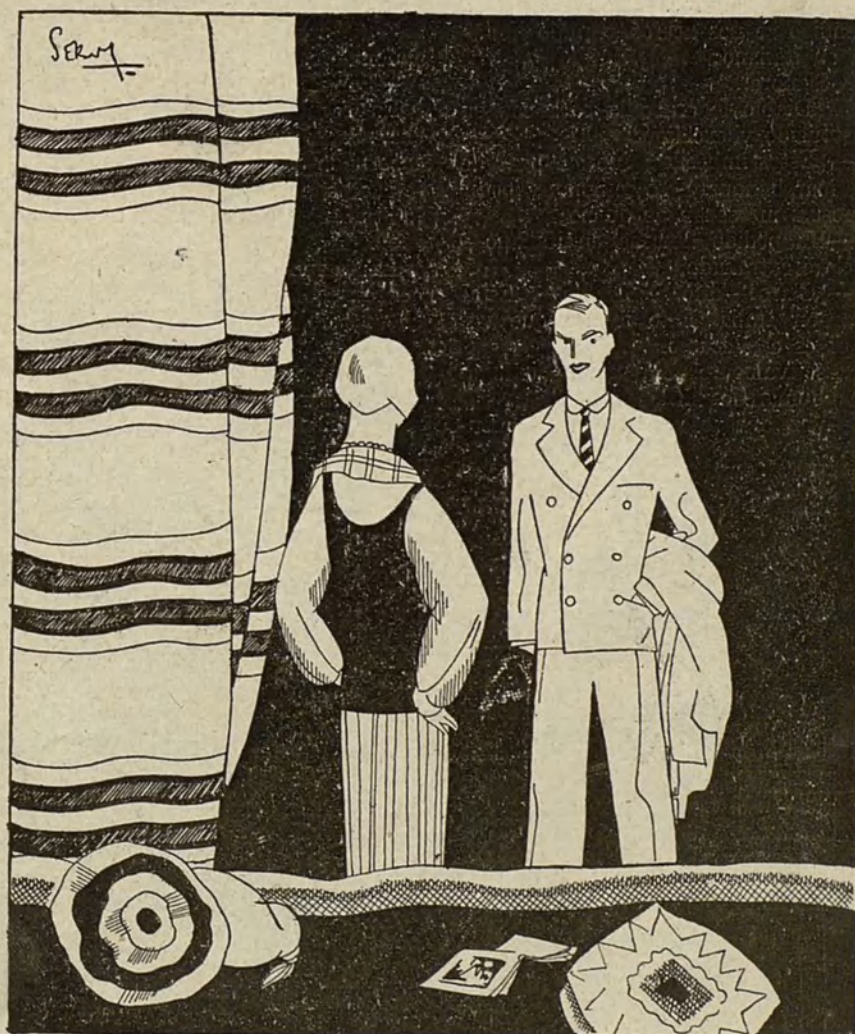
Le pregunté por qué no me acompañaba al Infierno.

—Ya he cumplido mi misión—repuso—. Te he juzgado; he determinado que tu sitio está en el Infierno, y como tu vida ya no es susceptible de reorganizarse, yo sobro junto a tí... Adiós, Enrique...

Sentí cómo sus dorados cabellos se acercaban a mi rostro; luego noté mis labios besados por los labios de mi conciencia, que sabían a anís. Y la vi alejarse hacia el interior del portal y desvanecerse en la claridad de una ventana abierta a occidente.

Lucifer me sacó de mi ensimismamiento.

—Vamos — murmuró —. Veo que ahora contemplas con asombro lo bella que es tu conciencia... En cambio, cuando estabas vivo no la hacías



Dib. SERNY.—Madrid.

—¿De modo que no lo crees? ¡Es que no me conoces!

—Por eso que te conozco es por lo que no te creo.

ningún caso... Anda, ven. Ya no tiene remedio.

Un taxi esperaba en la calle. El Diablo me hizo subir y subió el sin decir señas ninguna.

Rodamos vertiginosamente, dando unos tumbos espantosos.

—Este es un taxi infernal—me comunicó Lucifer.

—Ya lo había notado en lo mal que se viaja en él—contesté friamente.

LA ENTRADA. VISTA GENERAL DEL INFIERNO.

Corrimos mucho a lo largo de una carretera muy recta. Apenas pude ver el paisaje. El cuentakilómetros indicaba cifras fantásticas: 1.200, 1.500...

Al fin el auto se detuvo al pie de un monte de rocas plutónicas. Un mendigo se nos acercó y pidió limosna en italiano:

—Signore...

El Diablo le cruzó la cara con su bastoncillo y exclamó:

—¡Estos imbéciles, que en lugar de asesinar banqueros se resignan a pedir limosna, me sacan de quicio!

—Ha pedido limosna en italiano—declaré extrañado.

—¡Claro!—dijo el Diablo—. Estamos en Italia. Este monte que ves aquí es el Vesubio.

Efectivamente, allá arriba distinguí una humareda sutil.

—Ven, que nos esperan—añadió Lucifer.

Y nos dirigimos hacia un grupo de ocho o diez personas, al frente del cual estaba un individuo vestido con una elegancia sólo parecida a la del Diablo.

—¿Son turistas?—indagué.

—No. Son compañeros tuyos: condenados al Infierno.

Luego me presentó al caballero elegante que acompañaba a los condenados.

—Mi primer ayudante.

—¿Cómo se llama?

El presentado tomó la palabra.

—Me llamo Pedro Botero. Pero todo el mundo me llama Perico.

Satanás cortó el diálogo con un ademán rápido.

—¡En marcha! Se hace tarde y tengo que ir a Australia a recoger el alma de un coleccionador de capicúas.

—¿Y por qué un inocente coleccionador de capicúas viene al Infierno?

—Por idiota.

En seguida nos pusimos en marcha. Cada cual montó en un caballo encarnado, y antes de que nadie se diese cuenta de ello, aquellos caballos del Infierno nos subieron al cráter del Vesubio.

La temperatura era muy alta; por las resquebrajaduras del terreno salían chorros de humo.

Al llegar, el Diablo echó de allí a puntapiés a diez o doce personas que merodeaban alrededor del cráter.

—¿Quiénes son?—pregunté.

—Gentuzza de Nápoles que sube aquí

y, aprovechando el calor del vestíbulo del Infierno, se hacen la comida ahorrándose el carbón—repuso Lucifer.

A continuación emitió un silbido en "re bemol", y el principio de una rampa en forma de *tobogan* apareció en el cráter.

Botero y Lucifer nos empujaron por la espalda a los condenados y nos precipitaron vertiginosamente por el *tobogan*. Ellos se lanzaron cerrando la marcha.

El calor subió doce grados bachelier.

En un instante llegamos a una amplia plataforma.

Estábamos en el vestíbulo del Infierno, un Infierno exactamente igual al que han hecho popular los tratados de los mejores artistas.

—Este es el Infierno antiguo—explicó Satanás.—El que recorrieron Dante y Virgilio; aquí están los condenados hasta el año 1900. Más allá comienza el Infierno moderno, donde el suplicio del fuego eterno ha sido sustituido por otros suplicios peores y más originales. Este antiguo no os interesa; lo conocéis por referencias y además no es el que se os destina a vosotros. Venid.

Cruzamos el Infierno antiguo, con sus diablos clásicos desnudos, con cuernos y provistos de grandes tenedores con los que pinchaban a los condenados que se retorcían entre llamas.

Tardamos muy poco en atravesar el vastísimo vestíbulo. Se traspuso una puerta y, como por encanto, la temperatura se hizo normal.

Tres o cuatro caballeros elegantísimos nos saludaron sonriendo.

—Son los diablos modernos—habló Lucifer.

Y la comitiva hizo alto.

Nos hallamos ante una puerta cerrada donde campea esta inscripción.

DEPARTAMENTO DE CONDENADOS DE LOS AÑOS 1900 A 1927

Y más a la derecha, un aviso escrito en todos los idiomas:

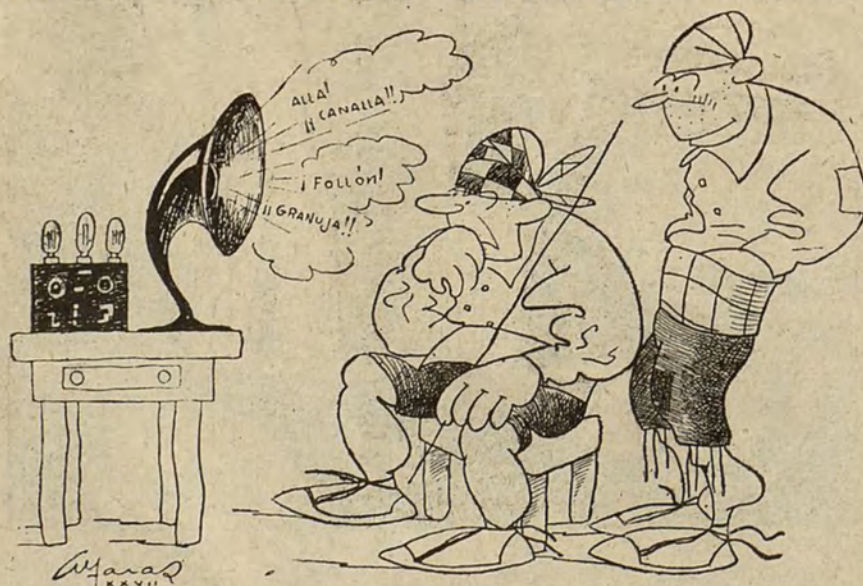
HABLEN BAJO.—SE PROHIBE ESCUPIR.—LIMPIENSE BIEN LOS ZAPATOS.—EL MEJOR DENTÍFRICO, PERBOROL

Lucifer oprimió un timbre.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(Concluirá en el número próximo.)



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

—¡Ejaló!... ¡Ejaló!... ¡Que in cuanti saque la cabeza,... lo ahogo!...



Ella.—Pero esa señorita ¿no es una horizontal?

El.—No. Ahora es una vertical, porque desde que la dejó Julio andu de cabeza.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. URIBE.—Madrid.

Para triunfar en la revista frívola

Ya hace bastante tiempo que en estas mismas elegantes, sólidas, esbeltas y arquitectónicas columnas comencé a publicar una sección dedicada a aconsejar a las personas más o menos jóvenes que, de manera más o menos rotunda, aspirasen a triunfar ampliamente en cualquier arte literaria.

Recuerdo un primer artículo donde di reglas a los que ambicionasen llegar a ser unos buenos libretistas de zarzuela, y un segundo dedicado a aconsejar a los futuros novelistas de fama. Animado por el éxito que obtuvieron estos artículos, éxito que no me atrevo a calificar de formidable ya que soy hombre modesto a quien eso de

darse importancia le molesta más que el que le afeiten con una escofina Losada, quiero proseguir hoy esa sección hablando de la revista frívola, género que esta temporada se va a cultivar más que las famosas huertas valencianas.

En primer término, es necesario buscar un ambiente y una época donde situar la acción. Esta época debe de ser la actual, ya que de otro modo sería mucho más difícil encajar ese cuplé que debe tener toda revista que se las da de frívola, y en el que se hable de "la falda muy cortita y el pelito a lo *garçonne*". Caso de que por cualquier circunstancia no convi-

niese esta época, recomiendo la prehistórica.

Y arriba el telón.

Lo primero que debe aparecer en escena es el tenor cantando una canción en la que demuestre al público que él es un hombre muy frívolo. Lo más probable es que el respetable acepte de buenas a primeras eso de la frivolidad de nuestro amigo, pero caso contrario le bastará nombrar las palabras "tabaco egipcio" y "cabaret" para que ya no quepa duda acerca de la susodicha frivolidad. Una vez que les haya convencido de esto debe buscar un pretexto para marcharse lo antes posible. Es muy recomendable—por lo nuevo—el de mirar a una de las baterías y decir: "¿Pero qué es lo que veo?... ¡Si por allí vienen las vampiresas del amor!"...

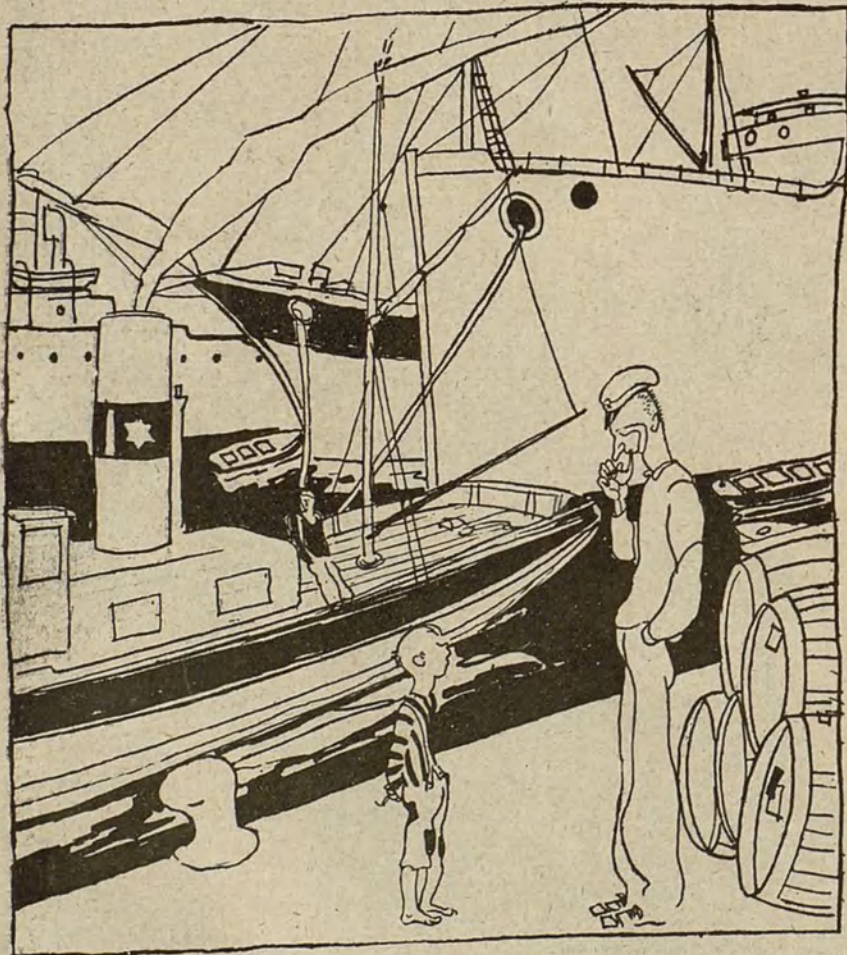
Hacen su aparición las vampiresas del amor, las cuales no deben llevar más indumentaria que los zapatos y una sombrilla japonesa. Las vampiresas del amor se entrelazarán por el talle y levantando alternativamente primero un pie y luego el otro, y cantarán durante siete cuartos de hora una canción que encierre alguna amarga verdad filosófica. Algo así como esto:

¡Oh, el amor,
qué engañador!
¡Ay, sí, señor!
¡Ay, no, señor!

Tras de lo cual deben ceder el turno a un número que bien puede ser el de las perfumadoras o el del cuadro regional.

Si se prefiere el de las perfumadoras, bastará con que al aparecer en escena aseguren rotundamente que cualquier perfume—lo mismo da uno que otro—es muy embriagador, y que bajen al patio de butacas para perfumar a los espectadores con unos sifones pequeños, y con los que antes habrán estado accionando en el escenario. Si se trata de un cuadro regional, la cosa es aún más sencilla, sobre todo en lo que se refiere a los trajes. Hace dos días he visto una revista donde el tenor dice: "¡Ahí vienen los jóvenes vascos!". Y los jóvenes vascos se presentan en escena sin más indumentaria que un taparrabos y una boina encarnada, con lo que llegué a la convicción de que los paisanos de Paulino Uzcudun deben pasar mucho frío en invierno.

El tenor volverá a reaparecer para largarle al respetable una cantinela



Dib. Elías.—Madrid.

—¿Cómo es que a nuestro barco le falta el palo mayor?

—Porque cuando llegamos a tierra el capitán lo desmonta para que le sirva de bastón.

en que hable del amor y del foie-gras, y en cuanto acabe, decir, como la vez anterior: "Pero... ¿qué es lo que veo? ¡Si por allí avanza la Reina del Cabaret con su corte de amor!"... Pero esta vez, en lugar de marcharse, se quedará recostado en una de las baterías viendo cómo hacen su aparición, tocadas con unos vestidos más ligeros que un 40 HP., los personajes anunciados.

La Reina del Cabaret, apenas en escena, debe inclinarse hacia el público todo lo más posible (guardando bien el equilibrio, no sea que se caiga sobre la orquesta) y asegurar, valiéndose de un cuplé, que es una mariposa. Para convencer a los espectadores de que eso es cierto, las señoritas del conjunto volverán a levantar primero un pie y luego otro, como ya hicieron antes las vampiresas del amor y como hacen todas las mañanas los alumnos de gimnasia del Instituto del Cardenal Cisneros, al tiempo que hacen esta pequeña confesión:

"maripooooosa
vapooooooooosa."

Como final, recomendaré siempre las apoteosis patrióticas. Las muchachas que hace un momento aseguraron al

público que el amor es muy engañador y las que aparecieron como cortesanas de la Reina del Cabaret, tratarán ahora de convencerle de que son muy españolas, para lo cual bastará



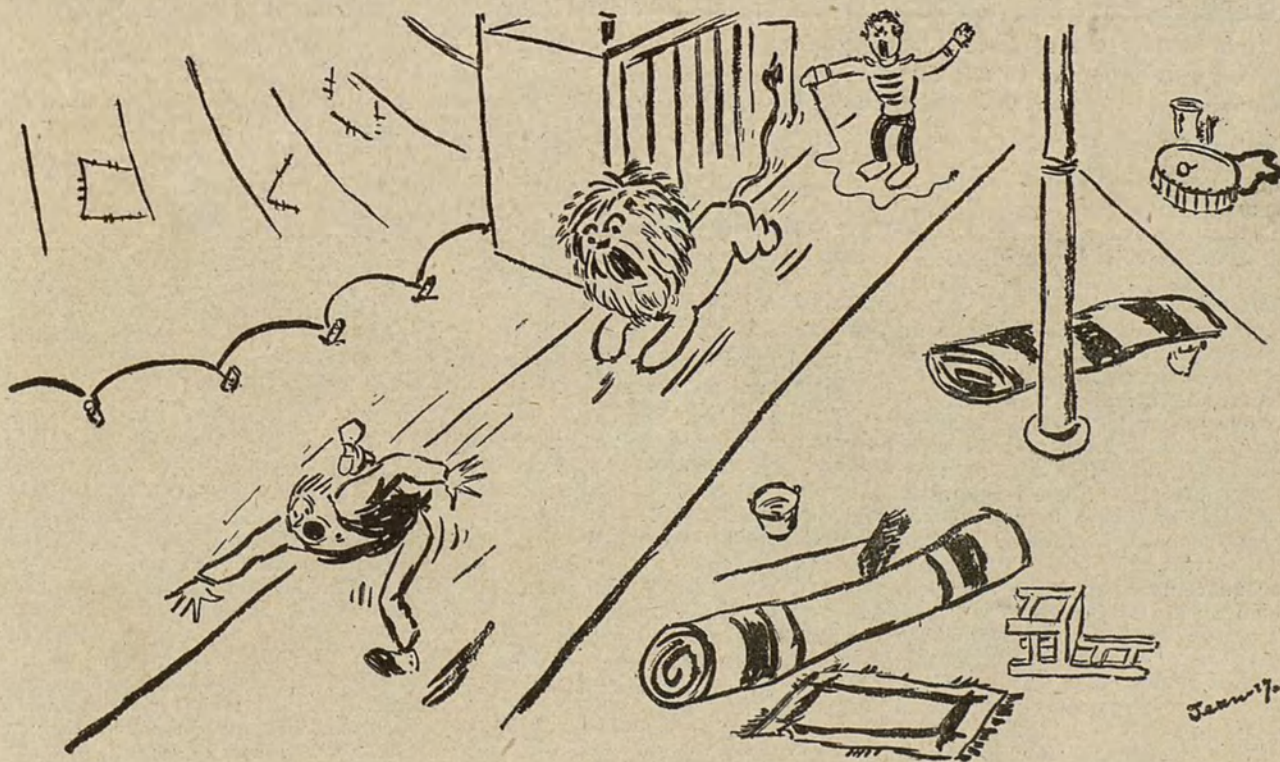
Dib. ABELLÓ.—Madrid.
El paleta.—¿Qué hora será?
La gitana.—¿Se la digo "resalao"?

con que digan que tienen un lovio que se llama Manolo. Es de muy buen efecto que den a entender que ha si-

do torero. Después, se agruparán todas y aparecerá una bandera. Tanto para dar más emoción a esta parte como por la necesidad de estrechar lazos, recomiendo que cuando ya la cosa esté para terminar aparezca una nueva figura en escena, vestida de modo parecido a las demás, y diga de buenas a primeras: "¡Soy una hermana vuestra! ¡Soy la América española!". Tras de lo cual repetirán todas con más fuerza que antes que son muy españolas y que su novio se llama Manolo. También pueden aventurarse a decir que los claveles rojos son muy bonitos.

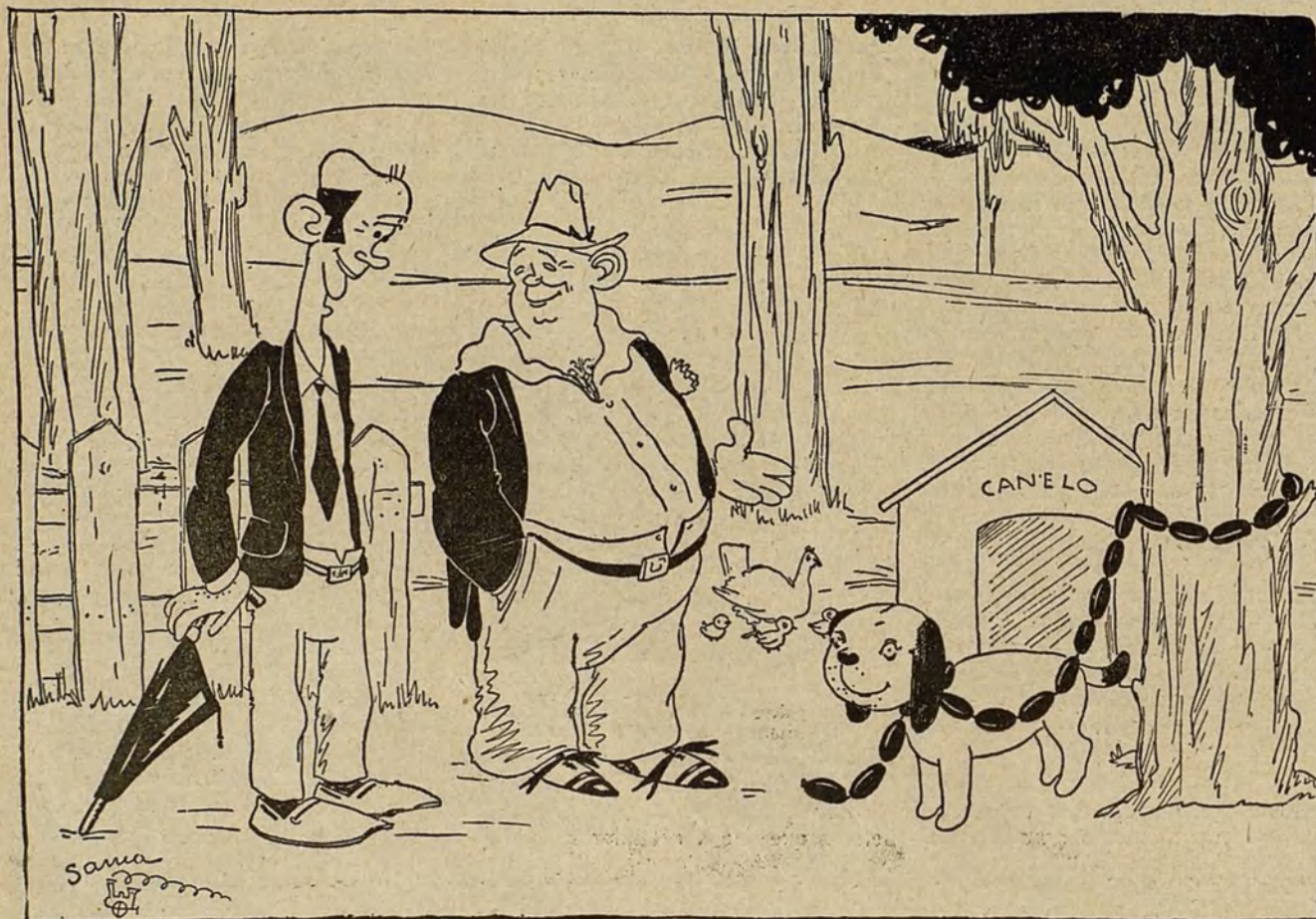
Inmediatamente darán unas vueltas muy rápidas por la escena, procurando que a una de las señoritas del conjunto se le caiga el delantal, con lo que quedará demostrada la necesidad de estrechar lazos a que he aludido hace un momento.

Si alguno de mis idolatrados lectores hace una revista frívola sirviéndose del patrón adjunto y se la pateasen le entregaré, como indemnización, doce mil dólares y unos calzoncillos de bayeta casi nuevos y que ya no me pongo porque se me han quedado cortos. MANUEL LAZARO



Dib. JEAN.—Madrid.

El domador.—¡Ah, bandito, miserable! ¡He conocido tua intencione! ¡¡Tu quieris robarme mio leoni!!



—¿Pero cómo ata al perro con longaniza? ¿No teme que muerda ésta y se escape?
—No, señor; porque es vegetariano.

Dib. SAMA.—Madrid.

UN ARGUMENTO

Aquel caballero llegaba, indefectiblemente, a la hora en punto anunciada para comenzar la función, y luego de doblar cuidadosamente su gabán, se sentaba como ajeno a la sugestión del espectáculo.

Me es imposible precisar cuándo ni cómo reparé en él por primera vez. ¿Era alguna persona de esas que nos presenta algún amigo cualquiera y de la que ya nunca volvemos a acordarnos? Misterio. Nosotros, los acomodadores de los "cines", vemos tantas caras diariamente, que llegamos a confundirlas en una sola y a identificar en una única expresión la de todos los rostros.

Fué un compañero el que, excitada también su curiosidad, me hizo caer en la personalidad de aquel sujeto extraño. Ahora lo recordé perfectamente; era un individuo a quien conocí durante mi corta estancia como acomodador en un "cine" lujoso, ya que me llamó la atención poderosamente una manía suya: todos los días, a la misma hora, se presentaba en la sala

y veía siempre la misma película. Al acabar ésta, abandonaba el local con un evidente gesto de mal genio y reaparecía de nuevo, en la sesión de la noche, para contemplar la citada película con más interés que la vez anterior.

Así durante los siete días que estuvo la cinta en el programa.

Y he aquí que ahora volvía a encontrarle en este "cine" de barrio donde, ¡oh casualidad!, se proyectaba la película que meses antes admirara tantas veces aquel inexplicable sujeto.

Como aquella vez, pude notar que concurría a todas las sesiones y ver su cara de disgusto al terminar la proyección de "su" película.

Pasamos así la semana que duró en el cartel la famosa cinta, y sin que yo me atreviese a interrogarle acerca del motivo de su asiduidad.

Pero la noche en que se puso por última vez, el caballero dijo:

—¿Sabe usted si van a poner esta película en algún otro "cine"?

Ante mi respuesta negativa, el hombre torció el gesto. Creí llegado el momento de interrogarle:

—Caballero, esa película la ha visto usted ya veintiocho veces. ¡Me consta! ¿Qué misterio existe para que tenga tanto interés en no perder ninguna de sus exhibiciones? Dígame! o enfermaré del corazón. ¡Se lo suplico!

Y él me contestó:

—Paulina Broy, la protagonista de esta película, es la mujer que más me ha gustado del Mundo. Usted sabe bien que hay una escena donde ella, "en pleno campo", empieza a desnudarse para cambiar de traje y que, en el preciso instante en que van a caer sus vestiduras, el director ha hecho cruzar ante el objetivo un tren de mercancías que, cuando deja de pasar, nos la presenta ya con el otro traje. Pues bien, vengo a ver si quiere Dios que cualquier día ese inoportuno tren... venga con retraso.

VALENTÍN HURTADO



—Aquí pesqué yo unas palúdicas.

—¡Garamba, pues hará mucho tiempo, porque yo llevo aquí dos años y no he visto ni una trucha!

Dib. CASTANY.—Barcelona.

UN SUICIDA A LA MODERNA

Desde que se quedó Hilario cesante en el Ministerio, resulta el hombre más serio del sistema planetario. Nadie, ni una alegre mueca puede en su rostro advertir y no le hace sonreír ni aun el propio Muñoz Seca. Cuando la casualidad dispone que me le halle en el café o en la calle, huyo de su vecindad, haciéndome el invisible, pues su ingrata compañía, sin asomo de alegría, me resulta ya insufrible. Ayer la Puerta del Sol le vi cruzar, tan ligero que atropelló a un barrendero y se dió contra un farol. Creyendo en un accidente corrí a su lado al instante. y, ¡oh, sorpresa!, su semblante se encontraba sonriente. —¿Adónde va tan corriendo? pregunté con extrañeza, y él respondió con presteza:

—¡Tras un cantante estupendo!
—¿Piensa formar compañía de zarzuela, por ventura?
—¿Yo empresario? ¡Qué locura! Es otra la intención mía. Quiero, allí donde le vea, lanzarle un insulto. Así lograré que me dé a mí una patá... donde sea. De esta manera, el cantante (que es Tita Rufo) me hará un favor, pues me dará de comer.

—¡Sí que es chocante!
—¡Ah! Pues no debe dudarlo.
—¿Tita, con un puntapié, puede alimentarle a usted?
—Sí, señor. Voy a explicarlo. Si hoy es cosa inasequible la patata, por carita, al darme una "patá Tita", ¿no me da un buen comestible?

... ..
Juzgo inútil añadir que, ante "chistecito" tal, un deseo criminal sin querer llegué a sentir.

Más tuve que reprimirme y oír, como consecuencia, el por qué de la ocurrencia que él se empeñó en referirme. —Como la suerte no quiso mimarme—dijo—y la vida me estorba y para suicida me falta el valor preciso, he recurrido a este medio de soltar chistes muy malos, a ver si me dan de palos hasta quitarme de en medio. Ello será una acción buena que no elogiaré bastante. ¡Así será este cesante "colocado" en la "Almudena"!

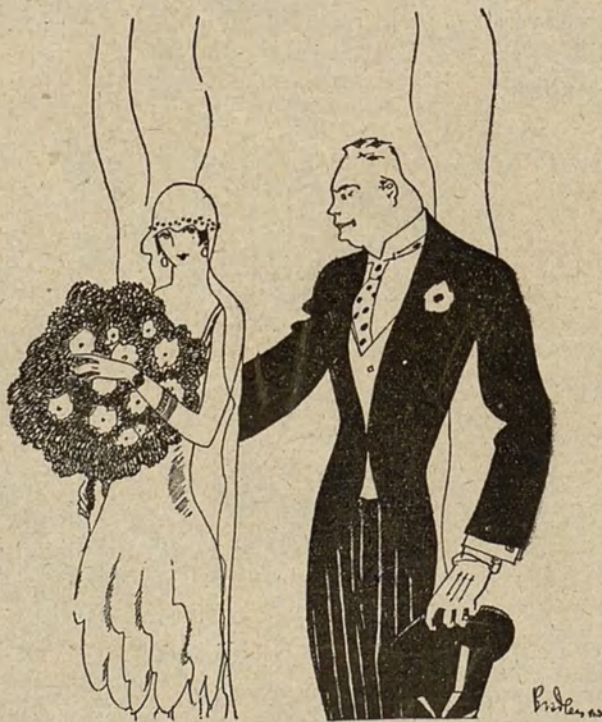
... ..
Explicación tan extraña, al punto me hizo pensar que a nadie debe asombrar que cuaje el "truco" en España y muchos de usarlo traten, ¡pues tanto sujeto existe que nos suelta cada chiste como para que le maten!

ADOLFO SANCHEZ CARRERE



Dib. CAMPANA.—Madrid.

—¿Y por qué dices que tienes el presentimiento de que ha debido morirse Abundio?
—¡Porque viene aquí su esquela de defunción.



Dib. BRANDLEY.—Sevilla.

—No seas tonta, chiquilla. Esta es una ceremonia que no suele impresionar más que la primera vez.

CASAS POR SUSCRIPCION

La costumbre, muy americana y no menos inglesa, de hacer un regalo práctico al grande hombre de turno, se generaliza en España de alarmante modo. Alarmante, especialmente para el fin de hombrécitos que nunca tendremos elevada talla espiritual o que teniéndola en proporciones de rascacielos, no la veremos nunca reconocida y atacada. Pero, claro es, que para los grandes hombres importantes, ya catalogados de antiguo en la categoría de homenajeados públicamente, la perspectiva es confortadora, risueña y nutritiva.

Esta costumbre se concreta en la actualidad en una modalidad verdaderamente placentera para el interesado: la de regalarle una casa o un hotelito, con sus arbolitos y todo por suscripción pública, encabezada en algunos casos por muy ilustres personajes; sabemos ya de más de tres casos—que se convertirán en tres casas—entre Madrid y Barcelona.

No queremos hablar de lo que para un hombre que nunca consigue que le sobre una peseta, es decir, para cualquier poeta o dramaturgo, por muy gloriosos que sean, significa el presente edificio y edificante de una casita, de un hotelito, para él, sólo para él. ¡No tener que pagar nada a fin de mes! ¡No tener que saludar a la portera! ¡No saber lo que es el inquilinato! Indudablemente, el nivel de inspiración poética o dramática de un hombre así situado, ha de elevarse considerablemente. Además, el acto de la entrega, tan solemne, tan emocionante, encerrando tanta simpatía y tanta veneración para el ilustre, no se le olvidará jamás en la vida. ¡Ahí es nada, recibir las llaves de una casa sin tener que abonar ni tres miserables meses de fianza!

Y después de dicho ésto os extrañará, os enfadará y quizá lleguéis a insultarme violentamente, si os confieso que el día que me llegue el turno, yo, muy serio, pienso rechazar el homenaje y no admitir el hotelito o la casita. Porque yo, como los de la ROJA, espero que llegue el gran día para mí. Si me registráis no encontraréis nunca la modestia en mis bolsillos... Y por eso, porque he pensado en el caso con todo detenimiento y como si el suceso fuera a ocurrir la semana que viene, os declaro que nunca habitaré una casa regalada por suscripción pública, con los nombres de los donantes en los periódicos. Piensen, piensen como yo los favorecidos de estos días y quizá imiten mi prudente y plausible conducta.

Una buena mañana, soleada y radiante, recibirán oficialmente el hotelito. Ha-

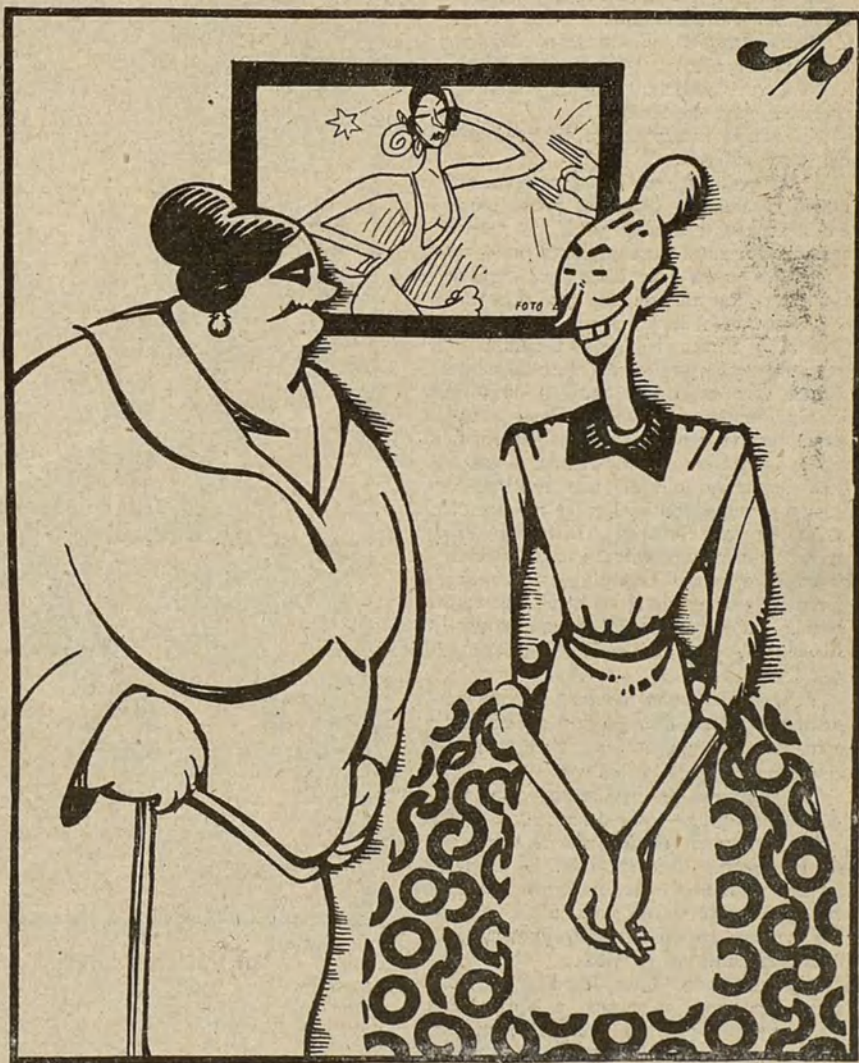
brá mucha gente—incluso las jóvenes Pepita X y Juanita K, que contribuyeron con una peseta cada una a la suscripción. La mujer del poeta correrá a la cocina, reluciente y nueva, y comprobará, loca de alegría, que el fogón "tira" muy bien y las aguas corren abundantes. Los hijos del poeta contemplarán extasiados la caseta del perro y mirarán las avenidas enarenadas, prometedoras de grandes campeonatos de patinette. El poeta mirará, ya inspirado, la taza de mármol del surtidor, llenas de perlas de cristal de un agua cantarina

y límpida. Y desde el día siguiente, la Felicidad se sentará sobre el tejado de la casa... Bien.

¿Pero ha pensado usted, poeta, ha pensado usted, dramaturgo, ha "pensado" usted, "pensador" en alguna de las posibilidades siguientes?

Un buen día en el tranvía, un señor desconocido le interpelará sonriente y, protectoramente, le dará unos golpecitos en la espalda, esos golpecitos que se dan a "los buenos muchachos", y le dirá:

—¿Qué? ¿Cómo le va en el hotel que le regalamos? Tan ricamente ¿eh? Es-



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—Para mañana cuide la comida. Tenemos invitados.

—Muy bien, señora; ¿quiere usted que vuelvan o que no les queden ganas de volver?

tá bien situado. Mucho sol, mucha alegría. Así se lo indiqué yo a la Comisión. Ahora a trabajar, amigo. A escribir sin preocuparse del casero. Usted es un buen muchacho. Merece mi protección. Créame usted que no echo de menos las dos pesetas que di para la suscripción.

Usted quedará anonadado de agradecimiento. Se pondrá colorado, balbuceará unas frases tímidas. Pagará el tranvía de los dos... Y durante unos minutos, pensará que la Humanidad es fundamentalmente bondadosa.

Otro día, en el paseo, mientras usted va pensando, abstraído, oír de repente a un señor decir a su pequeñuelo:

—Mira; ese es D. Ilustre, el poeta para quien tú sacaste dos reales de la hucha.

El niño le pedirá barquillos, mientras usted llora emocionado.

Recibirá usted mil cartas al día, que, poco más o menos, todas empezarán así:

“Yo, que contribuí con 6,75 a la suscripción para su hotel...”

“El abajo firmante, que dió tres pesetas para su casa...”

Y le pedirán, en justa reciprocidad, libros, firmas en álbumes, pensamientos en abanicos, entradas para los teatros, recomendaciones para publicar unos versitos... Y entre esas cartas ya verá usted cómo hay más de una que diga esto:

“Nosotras somos las señoritas Marujita X y Finita H, de Valladolid. Ya nos conocerá usted y nos recordará, pues dimos 1,50 cada una para la casa que le regalamos entre todos. Pues esta es para decirle que no estamos conformes con el desenlace de su última novela, y que deseamos que el protagonista, tan guapo y tan simpático, no se muera. No, señor, no se debe morir. La que se debe morir, por mala y envidiosa, de viruelas, y en el segundo capítulo, es la Juana. Pero el protagonista se tiene que casar con la Isabel, y además deseamos que el Josechu no sea seminarista sino alférez del Tercio...”

Y hasta le harán a usted alguna consulta espiritual sobre lo que deben hacer con un chico que se les ha declarado y que tiene tipo de pelucero.

Un domingo de primavera—este suceso se garantiza—, mientras usted y los suyos toman el sol después de comer en su jardincito, se presentará D. Ponciano con su mujer, sus tres hijas mayorcitas y Poncianito, el pequeño. Usted no los conoce, no los ha visto nunca, pero don Ponciano se explica:

—Pues, nada. Que le dije a ésta: Mira, vestiros y vamos a aprovechar el domingo visitando a D. Ilustre. Así veremos, de paso, la casa que le hemos

QUINCITO. 0,15 cts.



Dib. QUINCITO.—Madrid.

El reo.—¡Atisa! ¡Yo que vine a Toledo a ver el Tajo!

BUEN HUMOR

regalado. Ya leería usted en la Prensa. ¿no? D. Ponciano, cinco pesetas; su señora, cuatro pesetas; sus tres niñas, tres pesetas; el niño Poncianito, 0,25. ¿Recuerda?

Usted, ¿cómo no?, dirá que sí y pondrá la casa a disposición de D. Ponciano y familia, los cuales curiosarán todo con aire inteligente y protector, sorprendiéndose, de paso, de que un poeta no lleve el pelo largo. Y tenga usted además en cuenta que D. Ponciano es de los que vuelven... Recibirá usted la visita de dos hombres que se preocupan por usted; pero uno es el hombre Bueno y Oficioso, y el otro es el hombre Malo y Avinagrado. El primero llegará y le dirá a usted:

—¿Está usted contento con su casita? ¿Desea usted algo más? ¿Alguna reforma, alguna modificación? ¿Quiere usted que le instalemos un palomar? Eso es muy de poeta... ¿O desea que le echemos unos pececillos de colores en el estanque? ¿Un cisne? ¿O preferiría alguna reforma en la fachada? Ya sabe usted que queremos protegerle. No tiene usted más que pedir. La casa no tiene calefacción, pero en el invierno que viene ya abriremos una suscripción para regalarle un brasero.

Y el segundo entrará de sopetón en su despacho de usted y gritará iracundo:

—Esto es un asco. Sí, señor; un asco. ¿Cómo tiene usted la casa! En el jardín, los árboles están sin podar; el perro, con el pelo largo; la arena, en montoncitos. Las escaleras están sin fregar; el timbre, no suena. Todo está sucio. ¿Pero qué hace usted, hombre de Dios, qué hace usted? ¡Con lo monín que estaba todo el día que tuvimos la mala ocurrencia de regalarle este palacio! Ahora todo está en desorden; todo revuelto; todo sucio... Sí, señor; no me mire con esa cara de hipócrita y arrepéntase y cuide esta casa, nuestra casa. Pero voy a ver más adentro; voy a ver...

Y se dirigirá con mirada fiscalizadora a las habitaciones interiores. Poco después se oír un gran grito, y el hombre Malo y Avinagrado caerá por el suelo con una congestión al ver que en la ventana de la cocina falta un cristal...

No; no aceptaré nunca un regalo de esta índole. Y si alguna vez lo tolero, será para luego, a la noche del mismo día de su recepción, quemar la casita y danzar alegremente en torno a la hoguera. Y poder seguir diciendo a todo el Mundo, a toda la Gente, el verso de Machado:

Y al cabo nada os debo; debéisme [cuanto he escrito.

GABRIEL GREINER

BUEN HUMOR

se vende en Bogotá (Colombia) en la Librería Médica de Pedro L. Hernández

CONSECUENCIAS DE LA VACUNA

(BATURRADA)

—No le dis güeltas, ¡mostillos!

La vacuna es una estafa

que no cura la viruela

ni el garrotillo, ni nada.

¡Rediez! ¡Si eso lo inventó

un pijaito mal trabaja

pa comer bien con los cuartos

de las personas honradas!

Y ahura, pa que no haiga dudas,

sus pondré unas comparanzas.

¿T'han vacunau a tú?

—Sí.

—Pues no ti ha valío de nada,

porque estando vacunau

sigue tu mujer tan... mala.

—¡Pero si es que mi parienta

no ha estao nunca vacunada!

—Y si hubiera estao, lo mesmo.

No seas morros de albarda,

que la vacuna no sirve

cuando el mal viene de raza.

¿Y al "Chepe", lo vacunaron?

—Dos veces, como al "Matraca".

—Mejor pa mí. Así veráis

que yo no hablo a humo de pajas.

Pues, revacunau y todo,

pilla güenas zangarrianas

de aguardiente, que lo tienen

días enteros en cama.

—En cambio, el "Chavo"...

—¡Recodol!

¿No te acuerdas ya? ¡Sopazas!

¿No se vacunó una tarde,

dimpués de regar las habas?

—Mesmamente.

—Pues, al cabo

de cuatro u cinco semanas,

se le quemó el casilicio

que tiene en la calle Baja,

y se le murió el tocino,

y su mujer, la Pascuala,

soltó tres chicos de un golpe.

¡Me paice que son desgracias!

Y, pa remate, sus digo,

que este otro argumento aplasta.

Fijarus: bien vacunau

estaba Celipe el "Cachas",

y le cogió el tren de Utebo

un día, de madrugada,

y lo escachufió lo mesmo

que una suela de alpargata...

¡Y aún diráis que la vacuna

es una cosa aprebadal...

—Ahura, ya me has convencido.

—Y a mí.

—Y a mí.

—¡Remolacha,

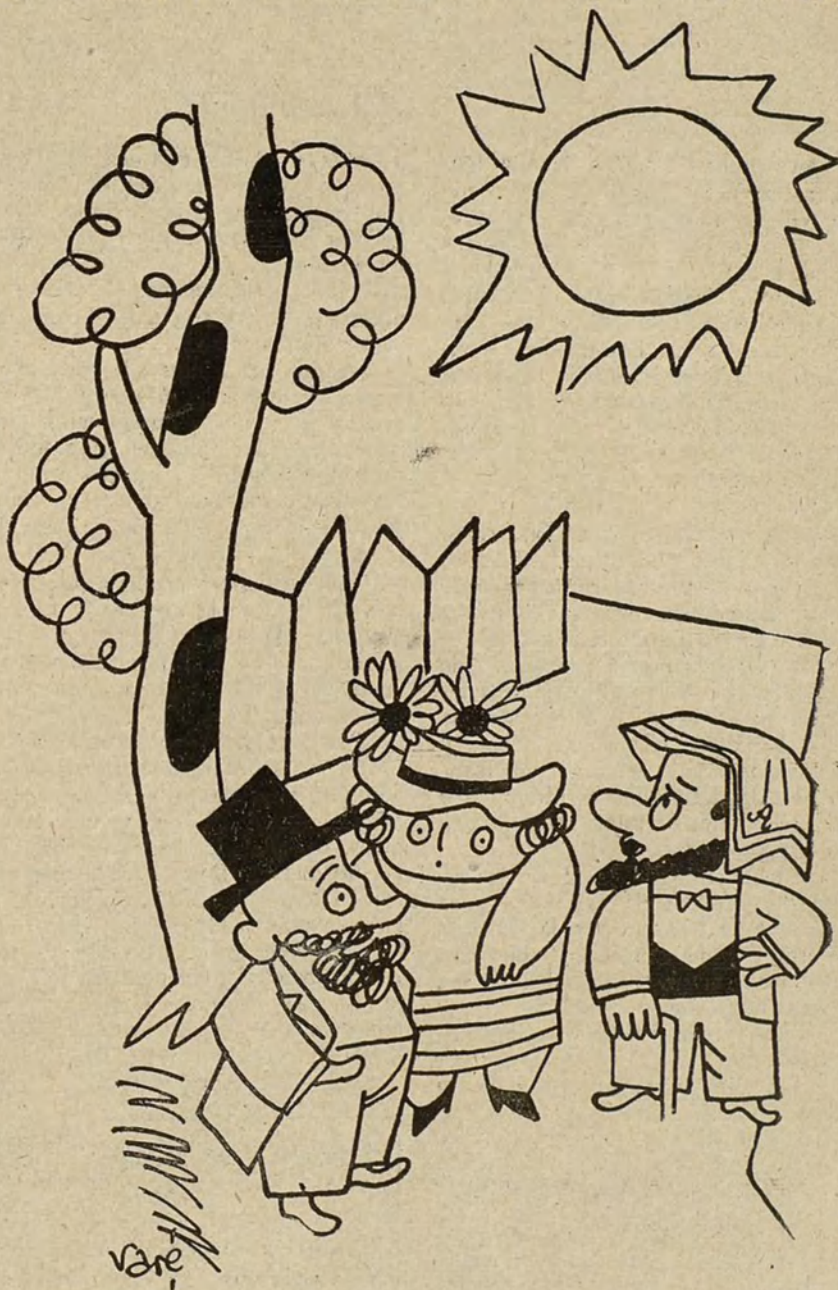
sabes más cosas que el "Fleuri"!

—Bien podís darme las gracias!

—¡Si no es por tú, nos... vacunan!

—¡¡Miá que hubiá sido chanada!!...

X. X. X



Dib. VARÉ.—Paris.

—No me hable usted del calor. ¡Aborrezco el verano!

—Pues a mí me encanta porque durante él, Asunción, tiene menos apetito.

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRERTAS, 7



BAMBALINAS

DIABLAS Y TRASTOS

El estreno de *La Villana*

Llevábamos unos días de alta tensión. Los periódicos iban, acerca de *La Villana*, del maestro Vives, apretándonos las clavijas, de los nervios como a un timbal. "Ha llegado el maestro"... Cuando entró el maestro la tiple se le arrodilló... ¡Qué perititura, maestro!... Los músicos le vitorearon... Vives saludaba al trombón, y al trompetín y al trompicón... Para todos tenía una palabra de reconocimiento, como Napoleón para todos sus veteranos...

¡La Villana iba, por fin!

Nosotros fuimos también, como buenos villanos que somos, —villanos y cortesanos— y nos acercamos a la taquilla. Pedimos, con voz humilde, una Delantera de entrada general.

Nosotros tenemos la propensión de ir a las localidades más altas. Las techumbres de los teatros nos atraen: suele haber en ellas unas nubes, y unos cielos y unas señoras revoloteando por los cielos que nos atraen. Nos hace, el efecto, de estar ya en la gloria o poco menos.

La techumbre de la Zarzuela carece de pinturas de esa clase, pero nos atrae de todos modos, la Entrada general porque a nosotros, de poco tiempo a esta parte, todo lo que sea general nos atrae.

Pedimos una entrada, humildemente.

De la taquilla salió una voz de las llamadas cavernosas:

—Un amadeo.

—¿Cómo?

—Que cuesta un amadeo.

—Y, ¿qué es eso?

—Pues un duro.

—¿Qué una delantera de general cuesta un duro!...

—Un amadeo, señor: ojo por ojo. Para escuchar a un Amadeo hay que dar otro.

—Aquello fué lo que definitivamente llevó nuestro entusiasmo y nuestra expectación al paroxismo. ¡Qué bella debía de ser una obra que costaba un amadeo!...

Cuando nos dirigíamos al teatro iba nuestro corazón trepidando como el motor de una moto.....

Llegados que fuimos a la correspondiente delantera, después de previo alpinismo por encima de los callos que nos obstruían el paso en la gradería general, comencé—¡dejen que respire; la emoción nos embarga; qué momento!—la representación de "*La villana*".

Es algo peligroso acudir a los estrenos. En esto de la producción teatral hay mar de fondo. No "la mar de fondo"; eso, no, ni por asomo, sino "mar de fondo": marejada, reconocio y malas tripas.

Al lado nuestro, por ejemplo, se había instalado un sujeto que no cesaba de bullir y exclamar: "¡Oh!... ¡Ah!... ¡Eh!... ¡Oh!..." Se volvía hacia atrás, hacia abajo, hacia arriba, hacia los lados... Decía a cada momento: "¡Bravo, bravo!"... Cuando sonaba la música estaba fastidiado porque no podía gritar y en cuanto veía que acababa el número había que sujetarle por la americana para que aquel hombre no se tirara al vacío desde la elevada barandilla.

Sin embargo, iban dos, tres, cuatro

números, y ¡que si quieres!; la gente, lo que se dice la gente, no aplaudía. Muy por el contrario, algún grupo que otro, viéndose en el tris del bis hacía *chis*... Queremos decir que *chis*-taban...

¡Entonces era ella! Los espontáneos del tipo de mi vecino, se encaramaban, al rojo cereza, con los siseadores... "¡A callar! ¡Reventadoras!... ¡Vamos!... Con una partitura como ésta... Pues ya os mando trabajo. porque hay tela... Una partitura enorme..." Los grupos enemigos estaban, afortunadamente, lejos; de lo contrario, hubiera, sin remisión, sobrevenido el *crochet*. (Porque sabrán ustedes que ahora, con esto del boxeo, son los hombres los que se dedican al *crochet*). Pero hete que, de pronto, le ocurre a no sé quién, a un temerario sin duda—suicidas que los hay—decir a nuestra espalda: "Pues lo que es hasta ahora... ¡ná!"

"¡Peribáñez!... Pero ¡cómo que ná!..." Se revuelve nuestro vecino... Centellea, fulge, trema... Se contrae, espumarajea... Y con voz de homicidio contenido execra, fulmina y lanza: "Para saber si hay o no hay ná, se aguarda usted, señor!... Pues ¡no queda ná, que se diga!..." El otro oclusa el pico; siente que ha nacido en aquel momento y comprende que, por duro que resulte, conviene siempre más exponerse a una partitura que exponerse a un partidario.

Llega en éstas el dúo del primer acto entre Peribáñez y su esposa. Las palabras de Lope, nobles; la voz de Gorgé, leal, cálida, serena; la música toda de una ternura viril, de una serenidad recia, como exige la reposada y noble lealtad de Peribáñez, oreía el teatro entero con un aroma de campos, heredad, y amor honrado. Que sabe que admirar más, si a los cantantes o al autor.

El concurso de artículos humorísticos

Tenemos la satisfacción de comunicar a los concursantes que en nuestro próximo número publicaremos el fallo del Jurado.

Y entonces, ni siseos, ni reventadores, ni historias: un clamor enorme; una explosión de plenitud llena el ámbito de la sala y hace retemblar el edificio.

Nosotros aplaudimos también, en parte porque nuestro entusiasmo es sincero y en parte porque vemos que nuestro peligro de muerte se disipa...

El edificio tiembla, pero nosotros no. Temblamos de entusiasmo, pero no de terror; ya se ha disipado el peligro de que nuestro vecino vehementemente masticara la nuez de alguno de nosotros.

Hay momentos en que todos somos hermanos... Este es uno de esos momentos...

"¡Cómo está Pablito!...", dice uno de los espectadores de atrás; el que tuvo la nuez a dos dedos de la papilla. Pablito es Gorgé... "Eh... eh... Gorgé... Bien... bien...", le grita desde la entrada general para que Pablito sepa a qué atenerse. Pablito, efectivamente, ha estado como quien es: un hombre capaz de hacer que la zarzuela pueda ser un arte de veras. Un hombre que sabe hablar, cantar y...

La representación ha continuado... Va como una seda... Estamos en el acto segundo... Hemos visto un precioso cuadro de mesón. Nos hemos ido percatando de que el libro está excelentísimamente distribuido: con sencillez, con originalidad, sin tópicos y ofreciendo siempre al músico y casi siempre a Lope motivos para lucir sus maestrías.

Llega otro dúo, el de Gorgé con el bajo señor Redondo del Castillo. Otro señor que está cumpliendo muy requetebién su cometido. El dúo es magnífico. Vuelven a aplaudir todos, incluso los envidiosos... Los envidiosos son los que no aplauden cuando la obra les aburre.

Pero ¡cielos!... ¿qué es lo que oigo?... Mi vecino, a quien yo me figuraba calmado para siempre en sus ímpetus bélicos, esgrime o blande ahora el triunfo de su ídolo como si fuera una estaca... "¡Bravo!... ¿Qué? ¿No queríais hundirlo? Pues ¡anda!... ¡Toma "Sobre verde"!... ¡Que se vengan ahora con charlestones!..."

Este hombre es un antropófago. No hay duda. La tensión vuelve y se extiende. A una joven que hay detrás de nosotros le ofrecen unos jóvenes un sitio mejor, porque advierten que la joven no ve, desde su sitio, la esce-

na; y la joven, en vez de agradecerlo, contesta como si la hubieran herido en su dignidad:

—No, gracias... Si no me hace falta... La he de ver muchas veces... Todas las veces que quiera... Ya ve usted...

Ella es una joven que entra gratis... Y la habían tomado por un espectador vulgar... ¡Vamos, hombre!...

¡Dios!... Otro sobresalto. ¿Qué pasa?... ¿Qué ha de pasar, señor! Ya debíamos estar acostumbrados, pero no lo estamos. Pasa que se ha *destapado* en el escenario otra decoración y el joven vecino aulla. Cada vez que aparece una decoración pasa lo mismo. Tiene nuestro vecino un resorte dentro del cuerpo y se le dispara, automáticamente, cada vez que el telón se levanta... Es algo superior a él... Desde que el telón inicia la subida está él ya preparado, que me siento que me levanto; parece que está en acecho, con

la escopeta preparada, porque ha visto removerse entre las matas un gazapo y quiere dispararle en cuanto asome.

El gazapo que asoma en este momento es una vista de Toledo en arroz con leche. Dicen que es la luna... Tal vez... A nosotros nos parece mucho arroz y mucha... y mucha música.

Luego viene un cuadro precioso: una vista de Toledo por dentro y con luz. Parece talmente uno de esos cuadros en relieve de escayola y colorines que algunos venden por las calles y... ¡que algunos compran! Las personas, en cambio, gracias a Emilio Ferrer, dibujante proyectista de los figurines, ofrecen un conjunto alegre y bello.

Vives, Beethoven truhan, sale a recibir aplausos.

Nosotros unimos los nuestros y los hacemos extensivos a la señorita Herrero y a todos los intérpretes.

MANUEL ABRIL

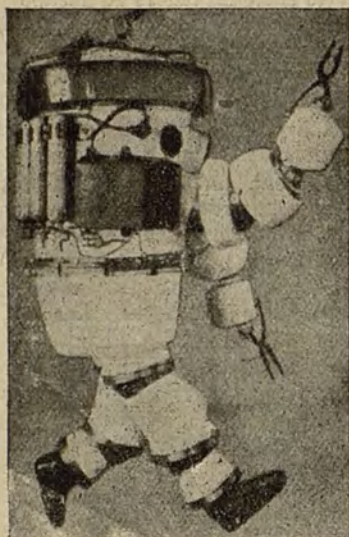


Cuesta
PARIS XXVII

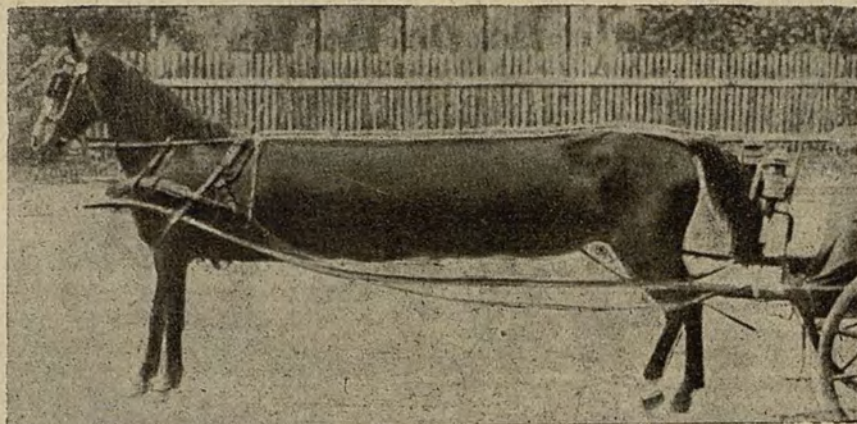
Dib. CUESTA. — Paris.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra tan fea, niño?
—¡Anda! Si la sé desde que tenía un año.

INFORMACION GRAFICA DE «BUEN HUMOR»



Nuevo modelo de impermeable que se está llevando mucho este año entre los elegantes londinenses.



Para reducir los gastos militares se le ha ocurrido a un veterinario alemán la feliz idea de cruzar las yeguas con perritos "bassets". El éxito ha sido asombroso y la economía que ello supone para el Estado se calcula en doscientos millones de marcos, ya que con este procedimiento no será preciso que cada soldado monte en un caballo, puesto que como se puede apreciar por la "foto" adjunta, en uno de estos caben muy holgadamente ocho o nueve.



El súbdito polaco Ladislao Langgerloffs, que, acusado de injurias ante los tribunales de Varsovia ha huído al extranjero. Compartimos la indignación que ha producido dicha huida, ya que si siempre nos ha parecido feo el que un hombre no dé la cara, el que no la dé Ladislao Langgerloffs—que tiene tres, como pueden apreciar ustedes—constituye el colmo de la tacañería.

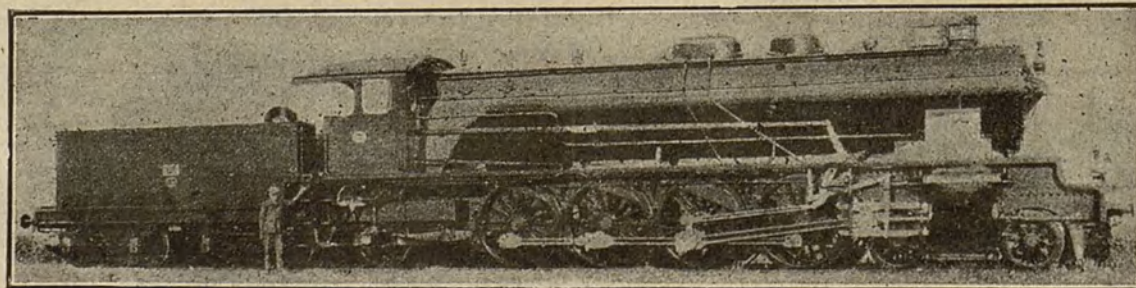


INVENTO BENEFICO

El ingeniero Danningio Carlonch, inventor del famoso "avión extático", especie de aeroplano que no vuela ni anda, por lo que tiene sobre los demás la evidente ventaja de que a nadie se le ocurrirá intentar en él la travesía del Atlántico

ACLARACIÓN

La locomotora n.º 15.128, que se encuentra detenida en la estación de Villajoyosa, y cuya detención se nos ruega haga-



mos constar obedece a una avería en la caldera y no a que se la suponga complicada en el asunto de la falsificación de billetes

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA CARTERA ROBADA, por Ernesto Lowe

A consecuencia de aquel brusco frenazo, dado para evitar un choque con un auto, por el conductor del tranvía en que marchaba a mi oficina, el señor Mürger fué a parar encima de un joven y elegante individuo que iba sentado en el asiento de enfrente.

El señor Mürger se apresuró a pedir mil perdones al joven sobre el cual había ido a parar, y cuando parecía que nadie se acordaba del incidente comenzó a palparse precipitadamente los bolsillos. De pronto le vimos palidecer y ponerse en pie gritando como un loco:

—¡Me han robado! ¡Me han robado la cartera!

Inmediatamente armóse un revuelo indescriptible. Una pobre señora que iba a su lado le preguntó, condolida:

—¿Y llevaba usted alguna suma importante?

—¡Ya lo creo! Por lo pronto, unos cheques en blanco, varios pagarés que ayer mismo me remitió mi administrador, billetes por importe de dos mil marcos oro, billetes americanos, varios franceses y tres o cuatro libras esterlinas en oro. Aparte de esto, lamentó también la pérdida de la cartera; una cartera magnífica, de ante, estrenada aún no hace quince días.

—¿Y cómo se le ocurre a usted llevar encima cantidades tan enormes? —le preguntaron varios viajeros.

—La costumbre. Nunca llevo menos.

—¿Y no había sido usted robado otras veces?

—Sí; ya una vez me quitaron un reloj de platino. También fué en un tranvía. Pero lo de ahora es lo importante: dos mil marcos oro, tres mil francos, cerca de ciento cincuenta dólares y cuatro libras esterlinas...

Y el pobre hombre no cesaba de repetir la cantidad de que le habían despojado, con una cara de las más tristes que he visto en mi vida.

De improviso, y mientras los viajeros comentaban el incidente, el joven sobre el cual había ido a parar el señor Mürger a consecuencia del frenazo, extrajo de uno de sus bolsillos una mugrienta cartera que apenas valdría cuatro francos, y dirigiéndose a todo el público exclamó a voz en grito:

—Van usteeds a ver lo que contiene la cartera que acabo de robar a este caballero; un billete de veinticinco marcos y un par de tarjetas de visita. No hay más.

Los viajeros reaccionaron bruscamente. Hasta la pobre señora que iba

al lado del señor Mürger y que tanto se había compadecido de su desgracia, protestó:

—No hay derecho a engañar a la gente de esa manera. ¡Farsante, más que farsante! ¡De manera que dos mil marcos oro y moneda francesa, inglesa y norteamericana! ¡Estúpido! ¡Debían de llevarlo a la cárcel! ¡Embustero!

El escándalo fué aumentando cada vez más. El hombre a quien le habían robado la cartera no sabía qué hacer ni qué decir. Estaba acurrucado, rojo de vergüenza, en un rincón del coche.

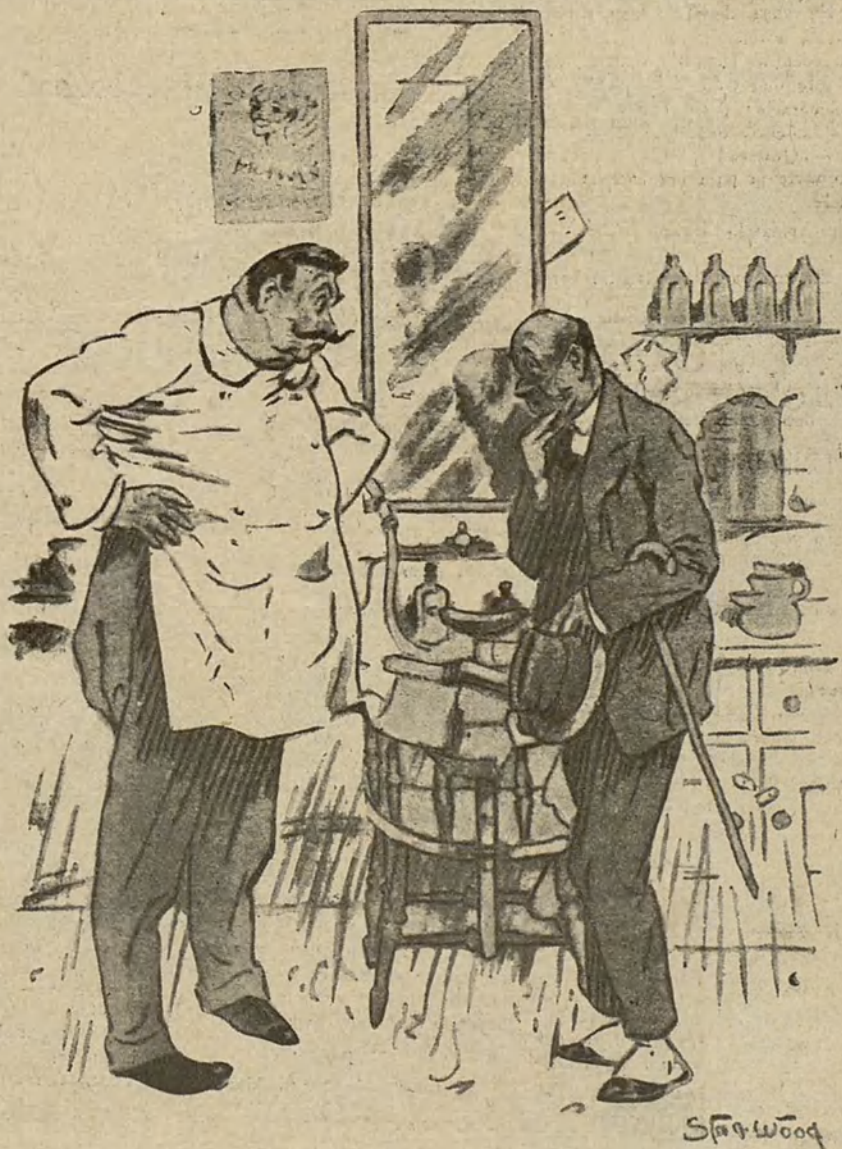
Pero su actitud no calmó las iras del público.

—¡Querer engañar así a personas honradas! ¡Es el colmo!

—Debíamos de llamar a un guardia —dijo el joven que había mostrado la cartera—. Al primero que pase le diré lo ocurrido.

El señor Mürger no quiso oír más. Dando un salto de fiera ganó la plataforma y, a riesgo de romperse una pierna, se apeó en marcha.

El tranvía llevaba una velocidad fantástica y bien pronto le perdimos de vista.
R. C. R.



EL BARBERO.—El negocio marcha muy mal y estoy pensando abrir una carnicería.
EL CLIENTE.—¿Y va usted a cerrar ésta?
De The Passing Show.

El buen humor del público



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente **supón** y con la firma del remitente: *al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

En casa de Telesforo están varios amigos tomando café en un velador. De pronto se le sale a éste una pata, y todos van a colocársela; pero Telesforo exclama, entre orgulloso y severo: — ¡Quietos! ¡Dejad! ¡Aquí no mete la pata nadie más que yo!

Armando Ruido.—Alicante.

En una pañería entra un bar-

SEÑORAS SOMBREROS

Bonitos modelo fieltro desde 15 pesetas

LA HORRA Fuencarral, 26, etl.º

bero y pregunta al dependiente: —¿A cómo es ese paño?



De Excelsior.—México.

EN CASA DEL DENTISTA
LA MAMÁ.—Te lo digo por última vez: si no dejas de llorar, no te traeré más aquí.

El premio del chiste correspondiente al número anterior, ha sido declarado desierto.



Sondagsnisse-Strix, Stokholm.

El guardia de la porra compra una finca.

—A setenta pesetas corte, señor.

—¡Qué barbaridad; a cincuenta céntimos los hago yo y no me pongo para uno solo!

Nazario.—Elche.

A una señora se le muere el marido repentinamente, y saliendo a la calle dando gritos, reúne gran cantidad de público y entre ello un policía que le pregunta:

—¿Cuál cree usted que ha sido la causa de una muerte tan repentina?

La mujer.—Lo único que se me ocurre es que como era un hombre tan distraído, a lo mejor se le olvidó de respirar.

V. González.

Puerto de Santa María.

Un gitano fué a ver a un compadre suyo, que había muerto, y una vez delante del cadáver, dijo:

—Probesito Frasquito, has tenido que morirte pa variar de situación.

Y dice la viuda:

—¿Porqué dices eso, Pepe Lui?

—Porque siempre ha estao a dos velaz y ahora está a cuatro.

Enrique Soria.—Madrid.

En casa del vegetariano.

—¿Quién ha llegado?

—Es-carola.

Emilio Mascort.—Sevilla.

—El colmo de un guardia de la porra:

—Hacer pasar la circulación de la sangre.

Pedro Carrero.—Madrid.

Entre amo y criada.

—Diga a la señora de Gutiérrez que habíamos pensado ir a dar el pésame a su esposo; pero nos hemos enterado de la muerte de éste, por lo cual hemos desistido de nuestra visita.

Banderillas.—Zaragoza.

—Qué moreno has venido del veraneo; como se conoce que has tomado el sol...

—¡Ca; no lo creas. No salí de casa...!

—Entonces ¿es que te has pintado con yodo?

Gran Hotel Continental

Todo confort

Coso, 52. Teléf. 5-83
ZARAGOZA

—Nada de eso; es que he bebido mucha cerveza negra.

Hércules.—Enguera.

Un profesor se hallaba pasando lista a sus alumnos y al



El Universal.—México.

ELLA.—Me han dicho que te casaste conmigo porque tengo dos millones de pesos.

EL.—¡Eso es mentira! Aunque no tuvieses más que uno me hubiera casado contigo.

TRICÓPILO ESTRAGUÉS

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

Ayuntamiento de Madrid



nombrar a uno, respondió otro:
—¡Ha muerto!
—Que Dios le perdone—dijo el profesor.
—No ha muerto—añadió otro alumno.
—¿No? Pues que no le perdona.

Francisco Olivas Navarro.
Madrid.

Un individuo entró en una taberna pidiendo le sirviesen un vaso de vino añejo.

Una vez que le sirvieron, según su deseo, suplicó a la tabernera se lo cambiase por una sopa de aguardiente, lo que fué ejecutado en el acto.

Bebióla y marchábase sin pagar, pero le guipó la tabernera y le dijo:

—Oiga, señor; ¡que no me ha pagado usted el aguardiente!

—Recuerde usted, señora—repuso el gracioso—, que se lo he cambiado a usted por un vaso de vino añejo.

—Sí; pero el vino no me lo había usted pagado.

—Naturalmente, ¡tampoco lo he tomado!

Tercos.—Sangüesa.

—¿Cuál es el día más triste para el boquerón?

—El día del entierro de la sardina.

Alfaro.

La apuesta.

Tres casados asistieron a un banquete en donde se comió y bebió sin tara. Todos ellos convinieron en que al regreso a sus casas cumplirían la primera orden que les dieran sus respectivas esposas, y el que no lo

hiciera pagaría una cena para los tres.

A la semana siguiente se reunieron para comentar lo ocurrido, y el primero dijo:

—Cuando entré en casa aquella noche tuve la mala sombra de tropezar contra el reloj del vestíbulo; mi mujer que me esperaba exclamó: “¡Eso es! ¡rompe el reloj!”...

Y por lo tanto tomé un garrote y destruí el reloj.

—Lo curioso del caso—dice el segundo—es que yo fui a tropezar con la percha del vestíbulo y mi mujer me dijo: “¡Eso es! ¡rompe la percha!”... Yo desde luego cumplí sus deseos.

—Pues yo—observó un tercero—subía la escalera en punta de pies, cuando tuve la desgracia de resbalar y caer rodando, por lo que mi mujer me dijo: “¡Eso es! ¡Quiébrate la cabeza!”... Y como ustedes comprenderán, vengo a pagar la cena.

Mos.—Valencia.

Reconocimiento médico:

—Doctor, cuando como o bebo es cuando más me duele.

—Vaya, hombre, vaya, deje usted de comer y beber y venga a verme dentro de seis meses.

Angel Maroto.

Durante un naufragio en alta mar.

El capitán (dirigiéndose a un marinero: —Usted, venga un bote pronto, corriendo.

El aludido (antiguo pelotari).—Vamos, capitán, no sea usted bromista que no estamos ahora para juego.

Amador Villar.—Sevilla.

Un aviador que se dispone a emprender la travesía del Mediterráneo, se despide de su esposa, la que entre sollozo y sollozo le dice:

—Esposo mío, durante tu ausencia voy a sufrir la mar.

—El que va a sufrir la mar soy yo, vida mía.

Jaime Doncos.—Barcelona.

Mal andas de fósforos—le advirtió un oficial a un soldado aragonés, después que le pidió la caja, viendo que en ella había pocos—. ¡Otra que Dios! —replicó el soldado—peor anda usted y entavía no li he dicho ná.

Dolly.

—En los cinco años que llevo de casado mi mujer ha tenido ocho hijos...

—Eso no puede ser...

—Es que usted ignora que todos los partos ha tenido gemelos...

—Entonces la de usted no es mujer...

—¿Qué es, pues?...

—¡Una bisutería!...

La Estaca.—Enguera.



(De *Pele-Mele*, París.)

—¿Reconoce usted que golpeó a su esposa con una botella?

—No hay que exagerar, señor juez: con media botella.

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro. Santiago; y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASAS MALLA Y O
SANTIAGO

HERNIAS
Bragueros científicamente.
: J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agusto Figueroa 8



De *The Passing Show*.

La mamá.—¿Por qué llora tanto el niño?

La niñera.—Por los gemelos del señor.

La mamá.—¿Por qué no se los da?

La niñera.—Ya se los he dado, pero se los ha tragado.

CORRESPONDENCIA

mu particular

E. N. O. San Sebastián.—Su *Historia de una pasión* es mucho más triste que un puntapié en la rabadilla.

O. G. L. Córdoba.—Versifica usted bien; pero los asuntos de sus dos composiciones son de una insignificancia que hiela de espanto.

J. R. Q. Madrid.—¡Qué valiente es usted, mi amigo!... Nos envía usted esos cuentos alevosos y nefandos y tiene usted la tranquilidad de poner a pie las señas de su casa. ¿Y si

ahora le fuéramos a buscar a usted para pedirle estrecha cuenta de su indigno proceder, nos quiere usted decir lo que haría?

E. C. M. Palencia.—De la deliciósima narración que con el título de *Un drama en esta localidad* nos envía, hemos de decirle varias cosas. La primera es que los dramas no suelen verificarse en las localidades, sino en el escenario. La segunda es que el chiste del burro es más burro que el burro mismo. Y la tercera es que el cuento no tiene gracia hasta el final;

y digo esto, porque al final nos ha hecho mucha gracia que se concluya de la manera tan idiota que se concluye. En resumen: que usted no está en una cárcel hedionda y lóbrega, porque no hay justicia en la tierra (ni en los mares.)

Ulloa.
Ulloa: para que veas te hemos admitido un *mono*, pero no te des gran tono aunque el propio Ulloa seas.

Iruria. Madrid.—Eso es más tonto que Pompo y Teddy.

C. CH. Madrid.—Los dibujos no valen absolutamente nada... Pero los versos valen menos todavía...

Albóndigo.—Llegó tarde y con la mar de daño.

L. S. V. Madrid.—Eso está de primera para leerlo a grandes voces en una ligera cachupinada, de esas en que dan pastas y vino blanco los dueños de la casa a los sufridos invitados.

Cuatro tiros.—Los cuatro tiros son los que les debían propinar a ustedes por la majadería estruendosa que nos han disparado.

C. G. A. Alicante.—Mal, lo que se dice mal, no está su cuentecillo. Pero bien, lo que se dice bien, no lo está tampoco. Y en la duda, abstente, que dijo el Conde-Duque de Olivares.

El loco. Madrid.
Querido alienado: eso tiene demasiado peso.

Andrea. Madrid.—Señorita encantadora: usted se ha equivocado. Lo que nos envía no es para nosotros. Es, seguramente, para el Museo de Arte Moderno, donde sabrán apreciar sus bellezas, que nosotros, ¡inmundos ignorantes!, no podemos comprender.

B. T. C. Badajoz.—No ha llegado a nuestras suaves ma-

nos el artículo aludido. Mande nueva copia, y ya veremos lo que pasa.

Leo Full. Biarritz.—En francés no aceptamos más que los *menús* de los banquetes que tengan a bien ofrecernos las personas de buen gusto.

El gordo.—¡Podía usted haber caído en otra parte, amigo!... ¡Y no sabe usted lo que se lo hubiéramos agradecido!...

J. I. T. Tetuán.—No nos gusta *El suspiro del moro*. Aquí nos gustan mucho más los suspiros de las cristianas.

Telso. Valencia.
De los dibujos de Telso, ninguno (¡qué gran desgracia!) nos ha parecido excelso ni ha llegado a hacernos gracia.

M. A. S. Madrid.—No sirve.

L. N. U. Gijón.—No conviene.

H. R. Q. Cuenca.—No nos gusta.

J. V. A. Barcelona.—No nos entusiasma.

S. P. D. Valencia.—No nos ha satisfecho.

E. L. B. Bilbao.—No nos ha convencido.

Cabello. León.—¿Cabello o caballo?... Porque, la verdad, a nosotros nos parece lo último.

J. B. Q. Barcelona.—Nos obsequia usted con una especie de fantasía titulada *El imbecil*. La leemos, y al llegar a la firma sacamos la dolorosa conclusión de que es un trabajo capieúa, o sea, para que usted lo entienda, que es lo mismo al revés que al derecho, o más claro todavía: que por *El imbecil* empieza y por el imbecil acaba. Inútil es añadir que, como aquí no nos gusta perder el tiempo en tonto (y mucho menos en imbecil), queda su majestuoso artículo retirado de la circulación.



El chofer.—¿Dónde, señor?

La CREMA LIDA reconstituyente es el único preparado eficaz para conservar la belleza de la mujer.

Sus propiedades maravillosas la hacen insustituible en todo tocador elegante.



Nada tan práctico en la vida veraniega para preservar el cutis de todo peligro como la maravillosa crema reconstituyente LIDA, que limpia el rostro de toda impureza, a la vez que blanquea y suaviza la piel.

CREMALIDA

Depositorio: URQUIOLA. Mayor, 1. — Madrid

BUEN HUMOR



--Me gusta, pero me parece caro.
 --Es que está hecho de más de dos mil piezas.
 --¿Cómo es posible?
 --Sí, es de serrín.

Dib. BOROBIO.—Madrid.